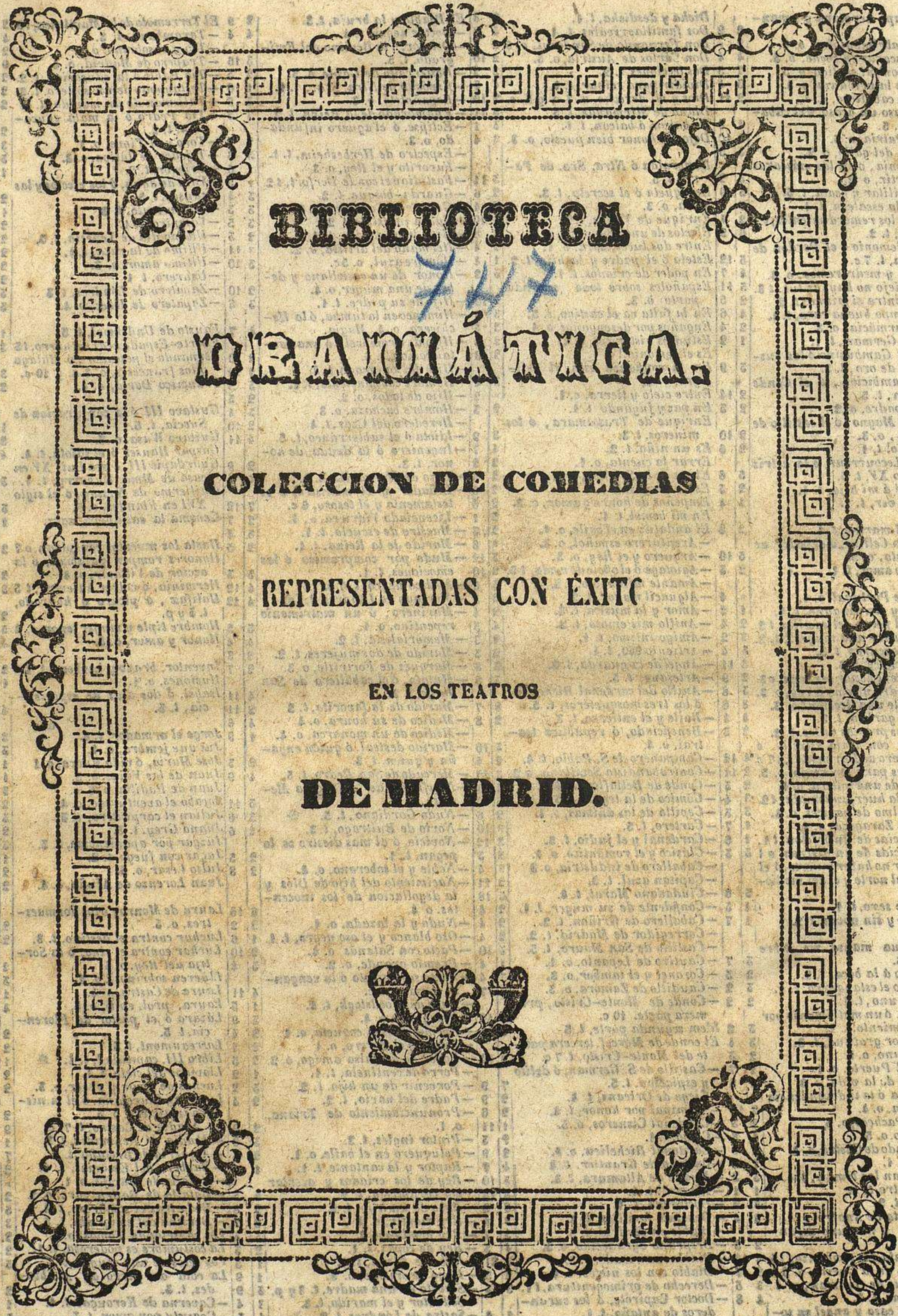


041



**BIBLIOTECA**

**DRAMÁTICA.**

**COLECCION DE COMEDIAS**

**REPRESENTADAS CON ÉXITO**

**EN LOS TEATROS**

**DE MADRID.**



1809



A un tiempo hermana y amante, t. 1.	2 2	Dicha y desdicha, t. 1.	2 5	El Diablo y la bruja, t. 3.	2 9	El Terremoto de la Martinica, t. 5.	2 13
Ansias matrimoniales, o. 1.	2 2	Dos familias rivales, t. 1.	3 8	Doctor negro, t. 2.	4 4	Tarambana, t. 3.	4 8
A las máscaras en coche, o. 3.	4 4	Don Fernando de Sandoval, o. 5.	2 8	Delator, ó la Berlina del Emigrado, t. 5.	5 16	Tío y el sobrino, o. 1.	2 5
A tal accion tal castigo, o. 5.	1 5	Don Carlos de Austria, o. 3.	2 10	Desterrado de Gante, o. 3.	2 5	Trapero de Madrid, o. 4.	9 14
Azules de la privanza, o. 4.	3 4	Dos lecciones, t. 2.	3 2	Esposito de Ntra. Sra., t. 1.	1 6	Tío Pablo ó la educacion, t. 2.	2 7
Amante y caballero, o. 4.	2 11	Dividir para reinar, t. 1.	1 3	Españoleto, o. 3.	3 5	Testamento de un soltero, t. 3.	2 3
A cada paso un acaso, ó el caballero, o. 5.	4 8	Dios y mi derecho, o. 3 a y 5. c.	2 10	Enamorado de la Reina, t. 2.	3 5	Talisman de un marido, t. 1.	2 4
Amor y Patria, o. 5.	2 10	Diana de Mirmande, t. 5.	3 11	Eclipse, ó el aguero infundado, o. 3.	2 7	Tío Pedro ó la mala educacion, t. 2.	2 7
A la misa del gallo, o. 2.	3 5	De balcon á balcon, t. 1.	3 1	Espectro de Herbesheim, t. 1.	3 6	Toro y el Tigre, o. 1.	3 3
Asi es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3 2	Dejar el honor bien puesto, o. 3.	3 4	Favorito y el Rey, o. 3.	1 6	Tejedor de Jativa, o. 3.	3 6
Actriz militar y beata, t. 5.	3 9	Esmeralda ó Ntra. Sra. de Paris, t. 5.	3 11	Fastidio ó el conde Derfort, t. 2.	1 5	Tejedor, t. 2.	1 7
Al pié de la escalera, t. 1.	3 5	Enriqueta ó el secreto, t. 3.	2 6	Guarda-busque, t. 2.	3 4	Vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5.	2 5
Arturo, ó los remordimientos, t. 1.	2 4	Elisa, o. 3.	2 4	Guante y el abanico, t. 3.	3 3	Vivo retrato, t. 3.	1 6
Al asallo!, t. 2.	6 9	Enrique de Valois, t. 2.	2 10	Galan invisible, t. 2.	3 5	Vampiro, t. 1.	2 7
Angel y demonio ó el Perdon de Bretaña, t. 7 c.	5 12	Efectos de una venganza, o. 3.	2 8	Hijo de mi mujer, t. 1.	2 5	Ultimo dia de Venecia, t. 3.	2 9
A mentir, y medraremos, o. 3.	4 7	Entre dos luces, zarz. o. 1.	2 4	Hermano del artista, o. 2.	1 11	Ultimo de la raza, t. 1.	2 4
A perro viejo no hay sus luis, t. 3.	5 11	Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1 4	Hombre azul, o. 5 c.	3 10	Ultimo amor, o. 3.	2 5
Abogar contra si mismo, t. 2.	2 5	En poder de criados, t. 1.	3 2	Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2 10	Usurero, t. 1.	2 4
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4 6	Españoles sobre todo (segunda parte), o. 3.	2 12	Hijo de su padre, t. 1.	3 6	Zapatero de Londres, t. 3.	3 9
Amor y farmacia, o. 3.	2 4	En la silla va el castigo, t. 5.	3 8	Himeneo en la tumba, ó la Hechicera, o. 4. Mojia.	4 7	Zapatero de Jerez, o. 4.	3 5
Alberto y German, t. 1.	1 2	Engaños por desengaños, o. 1.	2 4	Hijo de Cromwell, ó una restauracion, t. 5.	2 10	Fausto de Underwal, t. 5.	1 13
Andrés el Gambusino ó los buscadores de oro, t. 5.	3 9	Estudios históricos, o. 1.	2 5	Hijo del emigrado, t. 1.	2 10	Fuerte-Espada el aventurero, t. 5.	3 7
Amor y ambicion, ó el Conde Herman, t. 5.	2 14	Es el demonio! o. 1.	2 3	Hombre complaciente, t. 1.	3 5	Fernando el pescador, ó Málaga y los franceses, o. 3 a. y 10 c.	3 13
Amor de padre, o. 2.	2 3	En la confianza está el peligro, o. 2.	3 4	Hijo de todos, o. 2.	2 5	Francisco Doria, o. 4.	2 10
Alfonso el Magno, ó el castillo de Gauzon, o. 3.	2 10	Entre cielo y tierra, o. 1.	2 2	Hombre cachaza, o. 3.	3 4	Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.	1 11
Allá vá eso! t. 1.	2 6	En paz y jugando, t. 1.	3 3	Herederero del Czar, t. 4.	2 10	Gustavo Wasa, o. 5.	3 16
Adriana Lecouvreur, ó la actriz del siglo XV, t. 5.	5 6	Enrique de Trastamara, ó los mineros, t. 3.	3 9	Idiota ó el subterráneo, t. 5.	4 11	Gaspar Hauser ó el idiota, t. 2.	4 9
Al fin casé á mi hija, t. 1.	2 3	Es un niño! t. 2.	4 7	Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3.	2 9	Guardapié III, ó sea Luis XV en casa de Mme. Dubarry, t. 1.	3 5
Amar sin ver, t. 1.	1 4	Errar la cuenta, o. 1.	2 2	Lazo de Margarita, t. 2.	4 4	Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	3 7
Beltran el marino, t. 1.	2 3	Elena de la Seiglier, t. 1.	2 5	Leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 c.	7 12	Geroma la castañera, zarz.	1 3
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista, o. 5.	5 10	Están verdades, t. 1.	2 3	Licenciado Vidriero, o. 4.	2 7	Hasta los muertos conspiran, o. 7.	2 11
Batalla de amor, t. 1.	2 3	Empeños de honra y amor, o. 3.	2 6	Maestro de escuela, t. 1.	3 4	Honores rompen palabras, ó la accion de Villaur, o. 4.	2 8
Camino de Portugal, o. 1.	2 4	En mi bemol, t. 1.	2 1	Marido de la Reina, t. 1.	2 5	Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.	3 5
Con todos y con ninguno, t. 1.	1 2	El andaluz en el baile, o. 1.	2 3	Mudo por compromiso ó las emociones, t. 1.	3 3	Halifax, ó pícaro y honrado, t. 5 y p.	2 9
César, ó el perro del castillo, t. 2.	2 2	Aventurero español, o. 2.	2 8	Medico negro, t. 7 c.	4 12	Hombre tiple y muger tenor, o. 4.	3 5
Cuando quiere una muger! t. 2.	3 2	Arquero y el flech, o. 3.	5 12	Mercado de Londres, t. 1 d.	4 12	Honor y amor, o. 5.	4 9
Carurse á oscuras, t. 3.	3 4	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marinero, ó un matrimonio repentino, o. 1.	5 5	Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2 4
Clara Harlowe, t. 3.	3 11	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Ilusiones, o. 1.	1 4
Con sangre el honor se venga, o. 3.	2 9	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Isabel, ó dos dias de esperiencia, t. 3.	4 4
Como á padre y como á rey, o. 3.	3 8	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Jorge el armador, t. 1.	3 11
Cuanto vale una leccion! o. 3.	3 6	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	José Maria, ó vida nueva, o. 1.	1 7
Caer en el garlito, t. 3.	4 3	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Juan de las Viñas, o. 2.	1 6
Caer en sus propias redes, t. 2.	2 3	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Juan de Padilla, o. 6 c.	3 11
Conspirar con mala estrella, ó el caballero de Harmental, t. 7 c.	4 12	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Jacobo el aventurero, o. 4.	2 16
Cinco reyes para un reino, o. 5.	2 11	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Julian el carpintero, t. 5.	3 6
Caprichos de una soltera, o. 1.	2 3	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Juana Grey, t. 5.	2 8
Carlota, ó la huérfana muda, t. 2.	3 4	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Juzgar por apariencias, o. 3.	3 6
Con un palmo de narices, o. 3.	3 5	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Jugar con fuego, t. 2.	1 3
Camino de Zaragoza, o. 1.	1 7	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Julio César, o. 5.	2 15
Consecuencias de un bofetón, t. 1.	1 6	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Juan Lorenzo de Acuña, o. 4.	2 9
Consecuencias de un disfraz, o. 1.	1 3	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Laura de Monroy ó los dos maestros, o. 3.	2 8
Casarse por no haber muerto, ó el vecino del norte y el del mediodia, t. 3.	3 8	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Luchar contra el destino, t. 3.	2 8
Cambiar de sexo, t. 1.	4 5	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Luchar contra el sino, ó la Sorbija del Rey, o. 5.	2 5
Compuesto y sin novia, t. 2.	1 7	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Flueren sobrinos! o. 1.	3 3
De la agua mansa ma libre Dios, o. 3.	3 7	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Laura de Castro, o. 4.	1 15
De la mano á la boca, t. 3.	2 5	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Laura, (prol. epil.), o. 5.	4 12
Don Canuto el estañquero, t. 1.	3 2	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	2 9
Dos contra uno, t. 1.	2 2	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Latreaumont, t. 5.	2 15
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento, t. 2.	3 2	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Libro III, capítulo I, t. 1.	1 2
Deshonor por gratitud, t. 3.	3 4	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Lluvias del cielo, t. 1.	2 3
Dos y ninguno, o. 1.	2 3	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Luchas de amor y deber, o. 3.	2 5
De Cadiz al Puerto, o. 1.	1 7	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Luceros y Clueyina, ó el ministro justiciero, o. 5.	2 7
Desengaños de la vida, o. 3.	3 8	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	La Abadía de Castro, t. 7 c.	9 13
Doña Sancha ó la independencia de Castilla, o. 4.	2 16	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Abadía de Penmarck, t. 3.	1 8
Don Juan Pacheco, o. 5.	2 8	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Alqueria de Bretaña, t. 5.	7 12
Don Ramiro, o. 5.	1 8	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Barbera del Escorial, t. 1.	2 3
Don Fernando de Castro, o. 1.	2 8	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Batalla de Clariza, o. 1.	2 4
Dos y uno, t. 1.	1 2	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Batalla de Baiten, zarz. o. 2.	2 8
Donde los dan las toman, t. 1.	3 5	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Boda tras el sombrero, t. 1.	5 9
De dos á cuatro, t. 1.	1 1	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Berlina del emigrado, t. 5.	3 10
Dos noches, t. 2.	3 2	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Los consejos de Tomás, o. 3.	2 6
Dieguiyo rata de Anafre, o. 1.	2 4	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	La costumbre es poderosa, t. 1.	2 4
Dos muertos y ninguno difunto, t. 2.	2 5	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Los celos de una muger, t. 5.	5 3
De una a frente dos venganzas! t. 5.	4 16	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	La cola del perro de Alcibades, t. 3.	2 6
Don Beltran de la Cueva, o. 1.	2 7	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Caverna de Kerougan, t. 1.	1 10
Don Fadrique de Guzman, o. 1.	3 5	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4	Coqueta por amor, t. 3.	3 4
Dina la gitana, t. 3.	4 8	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Corta y la aldea, o. 3.	2 8
Demonio en casa y angel en sociedad, t. 3.	4 5	Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Memorialista, t. 2.	4 4		
		Arturo y el flech, o. 3.	5 12	Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3		





# LA HIJA DEL ALDEANO.

Drama en cinco actos y en prosa, acomodado á la escena española por D. Laureano Sanchez de Garay y Don Vicente de Lalama, para representarse en Madrid, y en el teatro de Novedades, en el año del 1862.

## PERSONAGES.

JUAN ANTONIO.  
CARLOS.  
JOSÉ LUIS.  
EL CONDE DE CAMPOREDONDO.  
ARREGUI, *escribano*.  
DIEGO.  
FEDERICO.  
ROMÁN.  
MALACABEZA, *hortelano*.  
MADARIAGA.  
MARIA IGNACIA, (*hija de Juan Antonio*).  
ELENA.  
VICTORINA.  
*Amigos del Conde, criados etc. etc.*

## ACTO PRIMERO.

Un jardín; á la izquierda un bosquecillo, bajo el cual hay sillas y una mesa rústica; á la izquierda una casita á la cual se sube por una escalera de madera que termina en un corredor, y á cuyo lado está otra escalera interior, oculta á la vista del público.

### ESCENA PRIMERA.

MALACABEZA, *jardinero* y luego DIEGO.

MALAC. La casa se encuentra á las mil maravillas! Ni un caballo en la cuadra, ni un mal mozo de mulas! ¿Dónde habrá ido á parar todo su moviliario? Ah! ya caigo; don Diego, el mayordomo, me lo dirá! Qué imbécil soy! No son las diez, y á estas horas aun no estará levantado! Sí, sí, buena pena se toma el tal mocito! Verdad es, que no tiene nadie á quien servir en el caserío.

DIEGO. (*desde dentro*.) Oye, Malacabeza; te prohibo que metas el menor ruido; hoy tengo una jaqueca.

MALAC. Buenos días, don Diego!

DIEGO. Buenos te los dé Dios!

MALAC. Ha dormido usted bien?

DIEGO. No del todo mal! Pero ese diablo de frotamiento de suelos me ha despertado; lo cual me ocasionará un dolor de cabeza en todo el día. Qué traes en esa cesta?

MALAC. Flores para el salon.

DIEGO. Dejalas en mi habitacion.

MALAC. Está bien. Ya tengo dispuestos para la señorita Elena, los primeros racimos que han madurado en la parra.

DIEGO. Llévalos á mi cuarto, tambien; has de tener entendido, que estoy muy disgustado con tigo; hace mas de ocho dias que nuestro vecino, el Marqués come ubas, y yo aun no las he probado.

MALAC. Os habeis quejado acaso al señor Conde?

DIEGO. Por qué lo preguntas?

MALAC. Porque el domingo pasado, mientras la señorita Elena estaba en misa y vos os acicalabais, vino el señor Arregui, el escribano del Conde, con un forastero que tenia trazas de jardinero, el cual examinó las plantas, midió las tierras y contó los árboles; se me ocurrió si sería algun aspirante á mi puesto.

DIEGO. Ten cuidado, en darme gusto, y por lo demás no pases pena.

MALAC. Como el señor Conde es el amo...

DIEGO. Y cuando él no está, quién manda en la casa?

MALAC. Toma, su mercé nos manda!

DIEGO. Pues lo dicho; no tengas cuidado: ya sabes que rara vez viene el Conde; conque así, yo soy el amo.

MALAC. Y la señorita Elena?

DIEGO. Esa es otra cosa! La señorita Elena es una huérfana de padres desconocidos, á quien la Marquesa recibió para que la hiciese compañía. Su sobrino el Conde, aun cuando para nada la necesita, permite que viva en el caserío; y es tan callada, que solo me comunica las órdenes que recibe de nuestro amo, sin salir en todo el dia de su habitacion.

MALAC. Y por qué no viene el señor Conde?

DIEGO. Porque está en Madrid, divirtiéndose con sus amigos. Quién pudiera hacer otro tanto, y no que me pagan el salario para que me fastidie, cuyo dinero gano con creces.

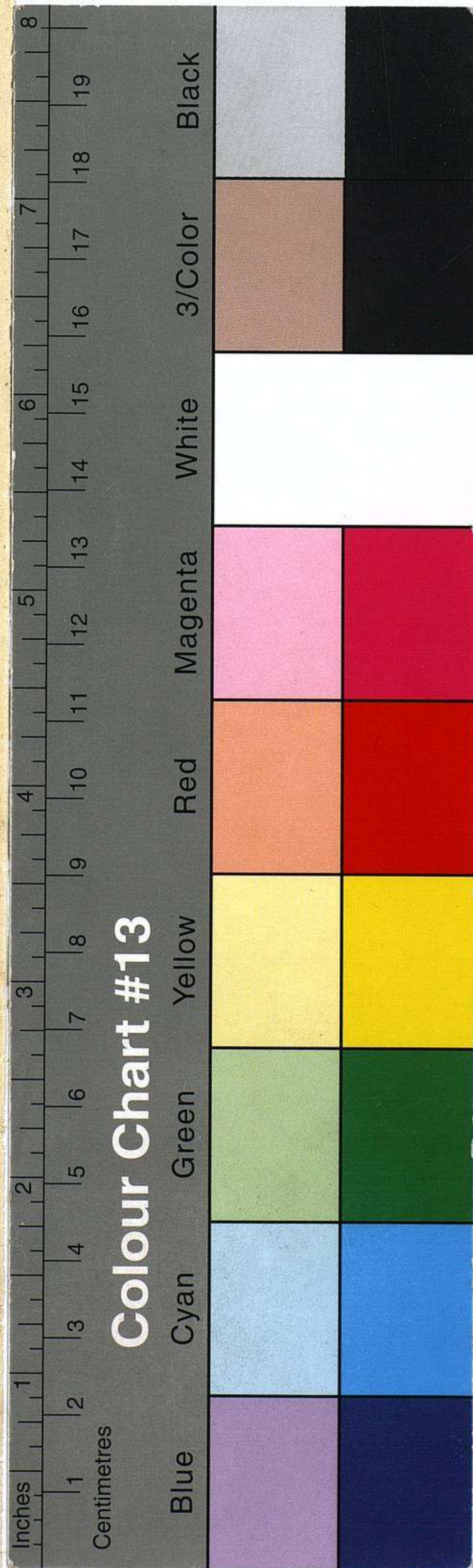
MALAC. Aqui teneis á la señorita Elena.

### ESCENA II.

Dichos y ELENA, bajando la escalera de la casita.

ELENA. Diego!

DIEGO. Señorita.



Colour Chart #13



ELENA. El señor Conde llega hoy mismo, y quizás no tarde una hora.

DIEGO. Cómo es eso, sin prevenirme?...

ELENA. Esta mañana recibí su aviso, encargándome que envíe los caballos á Tolosa. Según creo llega con varios amigos. Así, pues, preparad un almuerzo, y tened dispuestas algunas habitaciones, por lo que pueda ocurrir.

DIEGO. Así, todo de sopetón! Habitaciones, almuerzo, caballos!... *(de mal humor)*

MALAC. Los caballos debieron salir hace una hora: hasta Tamorlan ha ido; Dios haga que no le monte el Conde, y de un salto le tire contra una roca.

ELENA. O le arroje al río. Por qué le habeis mandado?

DIEGO. Porque es el mejor de todos; y además, ya sabe sus mañas el amo.

ELENA. Qué hace usted ahí, Diego?

DIEGO. Tomar mis disposiciones; Malacabeza arreglará el jardín; Bautista dispondrá las habitaciones; y Victorina y la cocinera prepararán el almuerzo.

MALAC. Y usted.

DIEGO. Yo voy á asearme un poco; para recibir á los convidados.

MALAC. Si? Pues ya es tarde! Aquí los teneis á todos.

ELENA. Tan pronto!

### ESCENA III.

*Dichos, el CONDE, en traje de montar, con látigo.*

CON. Cómo es esto, no hay nadie en el caserío?

DIEGO. Señor Conde, aquí me teneis á vuestras órdenes.

CON. No es este el sitio donde yo quería verte. Cómo, Elena aquí! Dispensadme, no os había visto. Y bien, no me dáis vuestra mano?

ELENA. *(timida.)* Yo?...

CON. *(á Diego.)* Toma ese látigo y mi sombrero; ya sabrás que espero varios amigos.

ELENA. Descuide usted, señor Conde; vigilaré para que nada falte.

CON. No tal... quédese usted aquí. *(á Diego.)* Aun estás aquí?

DIEGO. Voy, señor Conde. *(sabiendo.)*

MALAC. *(yéndose.)* Amigo mio, hoy hay otro que mande.

### ESCENA IV.

CONDE y ELENA.

CON. Querida Elena, la he dicho á usted que se quede porque tal vez no tengamos mas que un instante para hablarnos con libertad. Dentro de poco vendrán mis amigos... Oh! Hablemos una vez mas de un amor que habeis rechazado, y que no he podido olvidar.

ELENA. Qué dice usted!

CON. Qué tanto usted como yo, luchamos en vano; que yo la amo á usted tanto como usted me ama; no es verdad, Elena?

ELENA. Antes de vuestra partida tenía un ángel que me protegiese; ahora estoy sola, y para no verme espuesta en el mundo, he resuelto volver al convento, de donde me sacó la bondad de vuestra tia. Si aun permanezco aquí, ha sido por cumplir la última disposición de mi bienhechora.

CON. Su última disposición?

ELENA. La postrera noche que la velé, me hizo abrir un cajon secreto de aquella papelera, en el cual había una carta cerrada para usted.

CON. Para mi?

ELENA. La Marquesa me dijo: en cuanto yo muera en-

trégasela á mi sobrino, y no salgas de esta casa, hasta que él la haya leído.

CON. Dónde está la carta?

ELENA. Voy á traerla.

CON. Luego me la dará usted.

ELENA. Cuando me vaya?

CON. Quiere usted irse, porque yo he venido? Oh! no! Yo saldré para nunca mas volver; esta casa ya no me pertenece.

ELENA. Cómo!

CON. Merced al celo de Arregui, mi escribano, he vendido sin ruido ni escándalo esta posesion, á un tal Juan Antonio, aldeano de estas cercanias, que se ha enriquecido de la noche á la mañana, con la herencia de un pariente que ha muerto en América.

ELENA. Algo he oido de eso.

CON. Según noticias, tiene una hija que me han dicho se educó en el mismo convento que usted.

ELENA. Cómo se llama?

CON. Maria Ignacia, si no me engaño.

ELENA. Qué oigo! Si esa era mi mejor amiga!

CON. He venido para recoger ciertas alhajas y papeles de familia... No me pregunta usted por qué he vendido esta finca?... Pues sepa usted que estoy arruinado.

ELENA. Arruinado!

CON. Alguna culpa tiene usted.

ELENA. Yo!

CON. Ansioso de olvidar á usted, me he entregado á todos los vicios... he jugado!

ELENA. Lo dice usted formalmente?

CON. Lo que á unos empobrece, á otros enriquece. Todo lo olvidaria, si usted dejase hablar á su corazón.

ELENA. Señor Conde!...

CON. Diga usted que mi desgracia la conmueve, y que mi ternura triunfa de su irresolucion. Oh! Elena, me abandonará usted, como todos mis amigos, que desaparecerán de mi lado, así que conozcan mi situacion? Oh! sea usted mi sola amiga, y venga á Madrid conmigo.

ELENA. Qué dice usted?

CON. Que ambos podemos ser felices en la tierra.

ELENA. Según eso, usted intenta hacerme su querida?

CON. Permanecerá usted aquí durante unos días hasta tanto que su condiscipula y amiga se haya enterado! En tanto yo dispondré en Madrid un asilo seguro y honroso, donde me concederá que la vea alguna vez, hasta tanto que logre legitimar nuestra eterna dicha.

ELENA. *(alejándose.)* Voy á traerle la carta, para darnos enseguida un eterno á Dios. *(vase á su cuarto)*

CON. *(mirándola.)* No tal, inhumana beldad! Antes morir; qué ser vencido por una diosa de estas montañas!

### ESCENA V.

EL CONDE, JOSÉ LUIS, FEDERICO, ROMAN, y otros dos amigos acompañados por DIEGO.

DIEGO. Aquí está el señor Conde.

CON. Dispénsenme ustedes si les tomé la delantera; pero tenía que disponer varias cosas: Diego, estos amigos me han dispensado el obsequio de acompañarme hasta aquí; en cuanto tomemos alguna cosa, nos volveremos á Tolosa, y comeremos allí: haz que nos sirvan bajo esos árboles.

JOSÉ. Bien merece este caserío que se le dé un último adios.



CON. Pero veo que aún faltan, Ricardo y Carlos, su hermano de usted.

JOSÉ. Efectivamente.

CON. En ese caso, le he ganado.

JOSÉ. Apostaron ustedes?

CON. Quinientos duros, á que no llegaba antes que yo.

Ya sabia yo que por regla general, los marinos no son buenos ginetes. *(aparece Diego con un criado, que trae cosas para la mesa.)* Verdad es, que en cambio es sumamente afortunado en el juego.

JOSÉ. Dispense usted, Conde, si mi hermano le ganó una suma considerable, fué porque consintió en sostener todas sus puestas, cuando de un solo golpe pudo usted desquitarse.

CON. Verdad es! Ahora veremos, si se apodera de mi Tamorlan con igual facilidad que de mi fortuna.

DIEGO. Cómo! Ha montado á Tamorlan? Requiescant in pace.

JOSÉ. Qué dice usted?

DIEGO. Que le esperen sentados.

CON. Es verdad que Tamorlan es voluntarioso y de brios, pero no otra cosa.

DIEGO. Sepa usted, señor Conde, que el mismo picador no queria montarle, sin llevar consigo un puñal y un par de pistolas.

JOSÉ. Por qué ha permitido usted que mi hermano le montase?

CON. No hagais caso de ese tonto; eso es una exageracion.

FED. Seria bueno que en vez de tomarnos la delantera, se hubiese quedado por esos caminos!

CON. Estoy seguro de que deja al caballo hecho una malva.

JOSÉ. Si es que no le ha estrellado contra una roca.

CAR. Afortunadamente no es así. *(entrando.)*

JOSÉ. *(abrazándole.)* Gracias al cielo! Con qué ansiedad me has tenido!

ESCENA VI.

Dichos y CARLOS.

CAR. *(irónico.)* Sabe usted, Conde, que la confianza que ha tenido en mis conocimientos ecuestres, me honra en extremo? En vez de caballo, me ha dado una fiera! No bien les tomé á ustedes la delantera, y les perdí de vista al escape, en vez de traerme por el camino real, se le antojó llevarme por montes y breñas; por mas que luché con él, no logré, hasta despues de mucho tiempo, llevarle por donde quise. El tal Tamorlan es un tigre! Ni el látigo, ni las espuelas le domeñan. Oh! milagrosamente me he salvado! Cien veces he debido estrellarme, ó contra las peñas ó contra los árboles; gracias á mis pistolas, que en el momento de irme á estampar contra la cerca de una fábrica de fundicion, paf! se la disparé en mitad del oido, y le hice caer á cuatro varas del sitio donde ambos debimos sucumbir. Afortunadamente me salvé, dejándole tendido en tierra.

TONGS. Murió Tamorlan?

CAR. En un abrir y cerrar de ojos. Quiere decir, Conde, que con los quinientos duros que valia su caballo, le debo ahora mil. Doy gracias al cielo de podérselos entregar yo mismo, cosa que no creí posible. *(saca la cartera.)*

CON. Mas tarde me los dais.

CAR. Como usted guste.

FED. La apuesta ha sido algo espuesta.

JOSÉ. Y algo innoble.

CON. Qué dice usted?

DIEGO. La mesa está servida.

CAR. *(llevando á su hermano.)* Vamos á la mesa. *(bajo.)* Yo me vengaré. *(sentándose.)* Señores, opino que primeramente bebamos á la memoria de Tamorlan, muerto ignominiosamente en medio de un camino.

TODOS. Bien dicho!

CAR. Adios, Diego; y la señorita Elena, está buena?

DIEGO. Muy bien, señor doctor.

CON. Conocéis á Elena?

CAR. Como que pasé dos dias en esta casa el invierno pasado. Fuí llamado por el médico de cabecera de la Marquesa, para confiarme una difícil operacion que se la hizo, á fin de prolongar por mas tiempo su existencia.

FED. Me contaron maravillas de esa peligrosa y feliz operacion.

CAR. Empleé por la primera vez en Europa, un anti-espasmódico de maravillosos resultados. Tenia un licor de las Indias orientales, el cual, aspirado en dosis conveniente, produce un letargo sumamente dulce; y merced á él, logré hacer mas de cuatro horribles amputaciones durante la guerra. Solo al despertar notaban la operacion que en sus miembros habia practicado. Por este medio, la Marquesa no se apercibió, ni aun sospechó lo que iba á suceder.

FED. Es un descubrimiento maravilloso!

CON. Estraño que siendo tan rico, se consagre á una profesion tan penosa.

CAR. Jamás pude pensar, que en el mero hecho de ser rico, no podia hacer nada útil y beneficioso á la sociedad. Mi padre me dejó una fortuna honradamente adquirida en el comercio; mi madre, que quedó viuda bastante joven aun, no se creyó con derecho á disponer de ella, hasta que no tuviese edad de comprender lo que me convenia. Despues se casó en segundas nupcias con el Conde de Siria, que á falta de riquezas, llevaba un titulo y una alta posicion. Ví con sentimiento el que mi madre dejase su modesto apellido, y entonces me resolví á emprender grandes viajes. Durante mi ausencia, José Luis se fué haciendo hombre, y cuando mi madre me rogó amase á este jóven á quien iba á dejar huérfano, le juré ser un verdadero hermano, y creo que he cumplido exactamente mi juramento. *(se abrazan Carlos y José Luis.)* Por tí, mas que por nada, sentia hace poco el grande peligro en que me he visto.

FED. Si no me engaño, por eso deseais vivir soltero; por no abandonar á vuestro hermano.

CON. Bien puede ser que nuestro amigo Carlos haya renunciado al matrimonio; mas no por eso abandona los amores románticos y novelescos. No hace mucho oí una célebre aventura, cuyo protagonista fué él.

CAR. Para evitar que ustedes duden, voy á contarla en dos palabras. Un dia que navegábamos con un temporal desecho, una jóven estaba curando á su anciano padre, que se habia herido en la cabeza, chocando contra el palo mayor; de repente una ola cruza la nave, y la arrebató de nuestro lado... Al ver aquel horrible fracaso, hice lo que ustedes hubiesen hecho; me arrojé á la mar, y tuve la dicha de sacarla con vida, y de devolverla á sus compañeros de navegacion... Aquí teneis la historia.

CON. No, que se calla usted lo mas esencial... y es, lo locamente enamorado que está de la beldad que sacó del seno de los mares. *(se levantan y los criados retiran la mesa.)*

CAR. Verdad es, que durante algun tiempo no pude olvidarla; pero la razon ha hecho que olvide á una



mujer, que vi una hora, para no verla quizás.

CON. Sin embargo, la sois tan fiel como un Amadis.

CAR. Quiere usted apostar alguna cosa mas?

CON. Cuidado, porque la suerte se vá inclinando hácia mí.

CAR. Vá usted á ver hasta qué punto soy fátuo; y cuán poco merezco esa reputacion de Amadis, que hace un segundo me prodigaba. Dígame usted el nombre de cualquiera de sus adoradas, de la última. esto es, la que menos le conozca, pues esa ha de ser la que mas le ame.

CON. Señor mio...

CAR. Apuesto dos mil duros á que se la quito antes de veinte y cuatro horas. Vaya, diga usted el nombre de su bella. No quiere usted? Me es igual; no por eso he de dejar de quitársela.

CON. Sea! Pero en ese caso, salgamos pronto de aquí, para que pierda ese menos tiempo. *(aparece Elena en la escalera.)*

CAR. *(viéndola.)* Al contrario; aquí creo que he de lograrlo, mejor que en ninguna otra parte.

CON. Elena!

FED. *(bajo á José Luis.)* Ahora se vá á vengar del Conde.

JOSÉ. *(bajo.)* Oh! De fijo que no ha de haber jugado en vano con la vida de Carlos!

ESCENA VII.

Dichos y ELENA. *(Desde aquí empieza á oscurecer poco á poco.)*

ELENA. *(bajo al Conde, y saludando á todos.)* Aquí tiene usted lo que la señora Marquesa me encargó le entregase.

CON. *(bajo, tomando los papeles.)* Conoce usted á mi amigo Carlos?

ELENA. *(mirándole.)* El médico de la señora Marquesa le trajo un dia.

CON. *(bajo.)* Y no ha vuelto desde que murió mi tia?

ELENA. A qué había de venir?

CON. *(Lo dicho! Carlos es un fátuo.)* *(alto.)* Señores, ya saben ustedes que esta no es mi casa hace dias, y que por lo tanto podemos estar muy poco en ella. Voy á mi habitacion á recoger unos papeles, y de aquí hasta que nos vayamos, libertad absoluta para todos.

JOSÉ. Si no tuviese inconveniente, visitaria con usted esta posesion, que no conozco aun, y de la cual tanto bueno he oido contar.

CON. Con sumo gusto.

FED. Luis, en el billar te esperamos, *(bajo.)* Si necesita usted un testigo, cuente conmigo. *(alto.)* Carlos, viene usted?

CAR. No... Tengo que hablar con esta señorita.

ELENA. Conmigo?

CAR. No se dignará usted oirme cuatro palabras?

FED. *(á Roman.)* Ya empieza... el conde está que trina.

CON. *(bajo.)* Amigo Carlos, le ruego...

CAR. Ya sabe usted que no me quedan mas que veinte y cuatro horas... asi, pues, no debo perder un minuto.

CON. Ea, señores! en marcha. *(vânse.)*

ESCENA VIII.

CARLOS y ELENA.

CAR. Señorita... me será dado creer que no me habrá usted olvidado?

ELEN. Cómo había de olvidar el gran alivio que proporcionó usted á mi bienhechora?

CAR. El detenerla, tiene por objeto hacer una restitution.

ELENA. Una restitution?

CAR. Involuntariamente soy poseedor del secreto de una jóven. No habrá usted olvidado, que durante mi estancia en esta casa, me alojé donde usted ahora habita, pues no se separaba del lecho de la enferma. Cuando terminé mi cometido, mi criado cogió de prisa todos mis objetos y ropas, y á los pocos dias de estar en mi casa, encontré en mi maleta, una carta abierta y arrugada... escrita por mano desconocida para mi... así que la hube desplegado, vi que era del Conde.

ELENA. Cielos!

CAR. Debí quemarla para no dar á entender que estaba en mi poder. Pero ahora me alegro podérsela devolver, para que en cambio de mis culpas, tenga algo que agradecerme.

ELENA. Es usted culpable?

CAR. Sabe usted en qué están pensando ahora el Conde y sus amigos? En que la estoy haciendo á usted el amor.

ELENA. A mí?

CAR. Si; y sepa usted que no hace un cuarto de hora que he apostado...

ELENA. El qué?

CAR. Ser yo el amante de la muger á quien mas ama el Conde.

ELENA. El Conde ignorará tan odiosa apuesta?

CAR. Si es él mismo quien la ha hecho!

ELENA. El!

CAR. Yo sabia que amaba á usted y deseaba saber si usted le correspondia... Ya se vé... tampoco me fué usted indiferente desde que la vi, y el saber que el Conde era mi rival, me atormentaba hasta tal punto, que solo he pensado en una cosa: en robarla... Oh! dispense usted mi locura, y compadézcame.

ELENA. Basta! basta! usted dijo para sí; siendo la querida del Conde, tambien lo será mia... Oh! esa era la base de su triunfo!

CAR. Elena!

ELENA. Conozco que para ambos no soy mas que una pobre huérfana, sin apoyo ni amparo en la tierra, y que bien por amor, ó por necesidad, debo algun dia entregarme ó venderme. Es cierto que amo al Conde; pero tambien sabe este, que nunca sacrificaré un átomo de mi honra por tal afecto. Y acepta tal apuesta! Ambos son ustedes insensatos y cobardes, indignos de todo respeto. *(cae llorando en un banco.)*

CAR. *(conmovido.)* Esas lágrimas, son hijas de la indignacion, ó del despecho?

JOSÉ. *(entrando.)* Carlos, te andaba buscando. *(viendo á Elena.)* Señorita...

ELENA. *(Aun dudaba yo!)*

CAR. *(bajo.)* Cuándo volveré á ver á usted?

ELENA. Para qué quiere usted verme?

CAR. Para alcanzar su perdon.

ELENA. *(amargamente.)* Carlos, no se vaya usted esta noche, y me volverá á ver mañana. Lo oye usted? Hasta mañana. *(vase por el fondo.)*



CAR. Oh! No era mas que de despecho! Todavía puedo ganar, amigo conde.

ESCENA IX.

CARLOS y JOSE LUIS. (Ya es de noche enteramente.)

CAR. Lo malo es, que tenía una cita para mañana, algo lejos de aquí.

JOSÉ. Carlos, no podrás ir, porque necesito de ti.

CAR. De veras?

JOSÉ. Si, mañana me bato.

CAR. Tú?

JOSÉ. Si.

CAR. Alguna niñada!

JOSÉ. No, un duelo á muerte!

CAR. A muerte? Con quién? Habla.

JOSÉ. Con el Conde, á quien acabo de insultar.

CAR. Por qué? Esplicame... Aun cuando ya sospecho la causa. Todo ha sido por la jugarreta del caballo?

JOSÉ. Si, que espuso tu vida de un modo cobarde.

CAR. Si no es por otra cosa, ya lo arreglaré todo; mas que matarme, quiso ponerme en ridiculo al darme su Tamorlan.

JOSÉ. Yo he sido quien le ha insultado, y no esperes que le dé escusa alguna.

CAR. No tal! (el Conde acabaria con este!) (alto) Ya sabré arreglarlo de un modo digno.

JOSÉ. Ya que tanto te has batido tú, déjame me bata una vez siquiera.

CAR. En mi nada tiene de extraño, pues desde niño aprendí á batirme.

JOSÉ. Pues yo llevo el apellido de mi padre, y su sangre es la mia, y jamás cederé.

CAR. Verdad es; tienes razon; ansias recibir el bautismo de sangre, y no me opondré... Vé á ver á Roman para que sirva conmigo de testigo, mientras yo arreglo con el Conde la hora, el sitio y las armas.

JOSÉ. Dame un abrazo, y no temas por mi.

CAR. Asi lo creo, hermano mio!

JOSÉ. Voy en busca de mi amigo Roman. (vase de prisa.)

ESCENA X.

CARLOS, un criado trae una lámpara que coloca sobre la mesa.

CAR. A todo trance debo suspender este duelo, en el cual lleva el Conde inmensas ventajas... Pero, cómo lo evito! Provocando al Conde? Adivinaria la causa, y no querria batirse conmigo hasta haberlo hecho con Luis; con Luis, á quien solo podria vengar, pero no salvar. En este instante necesito la vida de ese hombre, para salvar la de mi querido hermano.

ESCENA XI.

CARLOS, y el CONDE.

CON. (sin reparar, con una carta en la mano.) Esta carta es de Elena. (leyendo.) Esta noche espero á usted á las diez en mi habitacion. Está visto; se viene á Madrid conmigo! (riendo.) Buena ganancia para Carlos! ¡já! ¡já!

CAR. Qué contento está usted, Conde!

CON. (riendo.) Usted es la causa. ¡já! ¡já! ¡já!

CAR. No me creia capaz de inspirarle esa alegria.

CON. No le decia á usted que la suerte le volvia las espaldas? Sepa usted que la segunda apuesta, lleva igual camino que la primera.

CAR. Si?

CON. A no dudarlo.

CAR. Pues yo le aseguro, que á estas horas estamos casi iguales; en prueba de ello, si usted quiere, doblo y triplico la apuesta.

CON. (conteniéndose.) Es usted un...

CAR. (irónico.) Acabe usted, si gusta... en cuyo caso me proporcionará el placer de que nos veamos las caras.

CON. Me desafia usted? Tal vez no ignorará el compromiso que tengo pendiente con su hermano.

CAR. (indiferente.) No sé nada!... Sea como quiera, hablemos de Elena.

CON. Todavía?

CAR. Y siempre! Pues si antes me gustaba, ahora la amo; y desde que he logrado obtener una cita, estoy loco por ella.

CON. Elena ha dado á usted una cita?

CAR. Para mañana.

CON. (riendo.) ¡já! ¡já! Para mañana!

CAR. Veo con gusto que toma usted las cosas... asi... con calma.

CON. Elena se burla de usted; le cita para mañana, y esta noche sale en mi compañía para Madrid.

CAR. Esta noche?

CON. A las diez.

CAR. La prueba?

CON. Lea usted esta carta. (le dá una carta, Carlos se acerca á la mesa y lee.)

CAR. (leyéndola.) Es cierto! (La niña es tan coqueta como todas.) (alto.) Sabe usted por qué le cita para esta noche? Para despedirse de usted, pues tiene conocimiento de nuestra apuesta.

CON. Se lo ha dicho usted?...

CAR. Todo! Esa era una de mis mejores armas... Como conozco el corazon femenino, he logrado mi objeto; esto es, que aborrezca á usted y le maldiga, creyéndome mas noble y digno que usted.

CON. Lo que usted acaba de hacer es indigno de caballeros.

CAR. Mal jugador. Pierde, y se enfada! (con calma.)

CON. Tal proceder no tiene nombre! (irritado.)

CAR. Cuidado con provocarme; pues sentiré tenerlo que matar.

CON. Fuera burlas... Usted trata de evitar lo que yo ansio...

CAR. Y si no quisiese batirme?

CON. Le obligaré á ello, llamándole cobarde!

CAR. Usted ganó ahora. (con indiferencia.) Nos batiremos... pasado mañana... Creo no tendrá usted prisa porque lo maten.

CON. No tal... hoy mismo!... ahora.

CAR. Cómo! Y nuestras citas?

CON. Mientras yo viva, no irá usted á la suya.

CAR. Y dónde nos hemos de batir?

CON. En el jardin... sígame usted. (dá unos pasos hácia el fondo.)

CAR. (Oh! ya no matarás á mi pobre hermano.)

CON. (viendo á Elena por el fondo. Elena!)

ESCENA XII.

Dichos y ELENA.

ELENA. Todavía aqui, caballeros?

CON. Estará usted á las diez sin falta? (bajo.)

ELENA. No faltaré. (id.)

CAR. (bajo.) Dónde nos veremos mañana?

ELENA. (bajo.) En mi cuarto.



CON. (*impaciente.*) Espero á usted, caballero.  
CAR. Soy con usted. (*vanse.*)

## ESCENA XIII.

ELENA.

ELENA. Si, si, venga usted á buscarme, señor Conde; muerta me encontrará usted... Y usted buen doctor, acudirá mañana para certificar mi fallecimiento, y la causa de él. Direis que Elena no pudo soportar el desprecio que no merecia... Oh! Conde, usted me mata, y le perdono! Carlos, usted me ayudará á morir, y le bendeciré. Afortunadamente he encontrado en la habitacion de la Marquesa, el pomito y el método que al marcharse me dejó el doctor. (*leyendo un papel.*) «Para calmar los dolores, bastará aspirar el pomo durante dos minutos; hará venir el sueño, y la insensibilidad absoluta de todos los órganos. Se cuidará de no aspirarle mas tiempo, porque causaria la asfixia y la muerte... Oh! la muerte sin sufrimiento! Venga!... Necesito de ella para salvarme. (*se sube á su habitacion precipitadamente.*)»

## ESCENA XIV.

MALACABEZA y DIEGO, con un farol.

MALAC. (*tras Diego, que entra cruzado de brazos y de prisa.*) Qué tiené usted, que anda tan desaforado?

DIEGO. Estoy indignado! — Sabe, pues, que nos han vendido.

MALAC. Vendido!

DIEGO. Como á unos negros... Vamos, si solo fuese á tí, pase; pero á mí...

MALAC. Cómo ha sido eso?

DIEGO. Porque este caserío pasa á manos de un comprador... Ahora mismo me han intimado el desahucio... Hoy debo largarme de aquí, porque viene el nuevo propietario á tomar posesion.

MALAC. Hoy mismo!

DIEGO. Ahora acabo de hacer los honores á la niña, en tanto que el padre se hacia cargo del establo y de las vacas.

MALAC. Qué me dice usted!

DIEGO. A la niña no le han gustado lo estenso de las habitaciones; la han causado miedo, y dice que sin Elena no pasará aquí la noche.

MALAC. Conoce á la señorita?

DIEGO. Así parece; la he dicho que la señorita Elena le cederá su habitacion, y que pasará á otra. Mientras se lo digo á la señorita, acompaña á la nueva propietaria, y llévala á ese cuarto, subiéndola por la escalera interior, que es menos pina y mas decente que esa.

MALAC. Bien está.

DIEGO. Te prevengo, que su padre es un viejo peor encarado que tú.

MALAC. Mas que yo?

DIEGO. Vamos, no pierdas tiempo. (*vase Malacabeza; luego se vé una luz por la escalera interior de la casita.*)

## ESCENA XV.

DIEGO y ELENA.

DIEGO. No dá dolor que tan soberbia finca pase á manos de un lugareñote? (*llama en la puerta de Elena.*) No contesta! Acostada no puede estar! Señorita Elena! Soy yo... Diego... Está usted mala?

(*llamando.*) Cásputa! No oye! (*en esto se oye un tiro.*) Cielos! Qué disparo es ese? (*aparece Elena pálida y desordenado el vestido.*) Aquí sale. (*se cierra la puerta tras Elena.*)

ELENA. (*bajando.*) Quién me llama? Oh! no entre usted en mi habitacion.

DIEGO. No tal! (*ayudándola á bajar.*) Sepa usted que ese cuarto tiené dueño... Está aquí el nuevo comprador y su hija María Ignacia!

ELENA. María Ignacia!

DIEGO. Quiere pasar la noche con usted, y su catre lo pasaremos á la habitacion inmediata; si quiere, yo la ayudaré.

ELENA. Oh! no, no entre usted en mi alcoba.

DIEGO. (*Qué tendrá que tan alterada está?*) (*entra Malacabeza con cajas y lios.*)

## ESCENA XVI.

Dichos y MALACABEZA.

MALAC. Don Diego, ya viene la señorita.

DIEGO. (*descargándole.*) Alúmbrame, que yo la acompañaré. (*el otro toma el farol y alumbra hácia el fondo.*) Por aquí, señorita... Cuidado, que hay dos escalonés antes de llegar al pié de la escalera. (*desaparece Diego por la escalera interior.*)

MALAC. Me voy con mi farol?

DIEGO. (*desde dentro.*) Si. (*se vé subir una luz por dentro de la escalera, y llegar al cuarto de Elena; la cual queda en escena ensimismada.*)

ELENA. Tengo frio... Vuelvo á mi habitacion! Si, si... allí podré aspirar el veneno que debe acabar con mi vida! Ah! por qué habrán impedido mi intento! Oh! no puedo tenerme... en pié... no sé lo que me pasa. (*en esto se vé movimiento en el cuarto de Elena y una luz.*)

DIEGO. ( *viniendo por el fondo.*) Ya está instalada la señorita María Ignacia.

ELENA. María Ignacia aquí!

DIEGO. En su cuarto de usted la espera.

ELENA. Dónde dice usted?

DIEGO. En su habitacion. Vaya, buenas noches y descansar. (*vase por el fondo, llevándose la lámpara.*)

## ESCENA XVII.

ELENA.

ELENA. En mi habitacion! Y el pomo que está allí abierto, y los vapores mortales que exhala, van á inficionarla por lo menos! Oh! no! amiga mia! (*en esto se oye ruido de una cosa que cae, y apagarse la luz del cuarto de Elena.*) Cielos! es ella sin duda, que ha caido aletargada... Quién me ayudará á salvarla!... No tengo fuerzas para subir... (*incorporándose*) ni para tenerme en pié. (*cae desfallecida.*) Virgen santa! No puedo gritar! Socor... (*queda desmayada al pié de la escalera exterior; en esto dan las diez.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Salon: mesa y sillones á la izquierda, á la derecha un canapé, puerta al fondo, y laterales.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO y ARREGUI.

ARREG. No está en casa don Juan Antonio?

DIEGO. No, señor escribano.



ARREG. Y su hija María Ignacia?  
 DIEGO. Tampoco.  
 ARREG. (sentándose junto á la mesa.) Esperaré á que vengan. Y qué tal, está usted contento con sus nuevos amos?

DIEGO. Así, así; si he de hablarle con claridad.  
 ARREG. Pues y eso?

DIEGO. Ya sabe usted que soy incapaz de hablar mal de mis amos; si poco valian los anteriores, los de ahora valen mucho menos.

ARREG. Con que, según eso, no está usted muy satisfecho con su nuevo amo?

DIEGO. Qué quiere usted que le diga, de un hombre que siendo tan rico, trabaja como un mentecato, dirige el arado, laya con los vecinos, y gasta albarcas como los segadores! Un hombre, en fin, que no riñe, ni se le oye una voz de mando; y aun cuando le respondemos secamente, no sabe darse el decoro que se merece?

ARREG. Cómo?

DIEGO. Qué diferencia entre este y los otros propietarios! Apenas se les miraba con mala cara, cuando, zas, le metían á uno una cuarta de bota en el cuerpo.

ARREG. Prefieres á aquellos?

DIEGO. No sé lo que le diga.

ARREG. Y qué se hizo de Elena?

DIEGO. Está aquí.

ARREG. Todavía?

DIEGO. Como que está enferma desde el día en que llegaron los nuevos propietarios. La señorita María Ignacia no se ha separado de su cabecera un solo instante.

ARREG. Tu jóven ama tiene un excelente corazón?

DIEGO. Eso es apariencia y no mas.

ARREG. Apariencia!

DIEGO. Yo he estado enfermo, y ni una sola noche me ha velado. Oh! Los amos son unos ingratos!

ARREG. Estás loco?

DIEGO. Como se conoce que usted tambien es amo, cuando los defiende!

ARREG. Oye un consejo de amigo; no salgas de esta casa, pase lo que pase; tengo mis razones para aconsejártelo... y razones muy serias.

DIEGO. Serias?

ARREG. No puedo decirtelas; pero tenlas presentes.

DIEGO. Haré lo que pueda por no salir.

ARREG. Voy á estender una escritura aquí cerca; si vienen, díles que antes de una hora estaré de vuelta. (vase.)

ESCENA II.

DIEGO, luego MARIA IGNACIA y ELENA.

DIEGO. Mientras pondré la nota de mis gastos! Para eso necesito el mayor cuidado; pues si bien el amo no se hace respetar, en cambio cuida mucho de su bolsa... Con este hombre poco puede uno utilizarse! Veamos en qué partidas puedo cargar un poco, sin temor de que me reconvenga. (entran Elena y María.)

MARIA. Diego, ha vuelto mi padre?

DIEGO. (escribiendo.) Todavía no!

MARIA. Y no ha venido nadie?

DIEGO. (id.) El escribano, señor Arregui.

MARIA. (conmovida.) Qué ha dicho?

DIEGO. Diez y siete y ocho son veinticinco, y cuatro, son...

ELENA. (imperativamente.) Diego, no oye usted que le hablan?

DIEGO. (levantándose.) Señorita...

ELENA. Olvida usted lo que se debe á sus amos?

DIEGO. (humildemente.) Señorita, yo...

ELENA. Esta señorita le pregunta, qué ha dicho el escribano.

DIEGO. Que antes de una hora estará de vuelta.

ELENA. Está bien! Váyase usted.

DIEGO. (saludando.) Obedezco. (Esta si que sabe hacerse respetar! Qué lástima no sea millonaria ó condesa!) (vase por el fondo.)

ESCENA III.

MARIA IGNACIA y ELENA.

ELENA. (á María.) Por qué estás tan abatida?

MARIA. Vá á volver, para hablar á mi padre.

ELENA. El escribano?

MARIA. Si, sobre el proyecto de enlace, de que le tiene hablado.

ELENA. De ese enlace con Luis? Le amas tú?

MARIA. No.

ELENA. En ese caso, rehusarás...

MARIA. Menos.

ELENA. No te comprendo!... Has de aceptar por marido á un hombre á quien no amas?

MARIA. Pues qué, solo se casan las gentes por amor? Mira, José Luis es el mejor de cuantos me solicitan; al paso que los otros solo lo hacen por la gran dote que debo llevar: este me quiere desinteresadamente.

ELENA. Te lo ha dicho?

MARIA. Esas cosas no se dicen, Elena!... Lo adivina el corazón, que nunca engaña.

ELENA. En ese caso, confías en poderle amar algun día?

MARIA. Asi lo espero, y estoy segura de lograrlo.

ELENA. Quién te lo dice?

MARIA. La simpatía que he sentido por él desde que le conocí.

ELENA. (levantándose.) Dios quiera que no te engañes.

MARIA. Cómo!

ELENA. Porque amas á otro.

MARIA. A quién?... Ten la bondad de nombrármelo.

ELENA. Quizás ni una ni otra estemos seguras de quien es; pero buscando, tal vez demos con él.

MARIA. Explicate.

ELENA. Mi buena María, el corazón encierra misterios profundos; suele conservar impresiones, que nosotros creemos olvidadas, y á lo mejor, un desconocido cualquiera nos las viene á despertar.

MARIA. Según eso, crees que...

ELENA. Que alguna vez has visto á algun sér, cuya voz y fisonomía se asemejaban á la de José Luis, y que á ese es á quien amas en su persona.

MARIA. Me sorprende cuanto me dices, y te escucho como si me hicieses una especie de revelacion!... Dices bien; ese jóven es el recuerdo ó la imagen de otro que ví una sola vez. Verdad es que no puedo darme cuenta á mi misma; pero mi corazón aun no ha olvidado á quien me salvó la vida.

ELENA. Te salvó la vida?... cómo?

MARIA. Oyeme; un dia nos embarcamos mi padre y yo, con objeto de ver á un tio que estaba moribundo. A las pocas horas, se levantó una horrible tormenta. Mi padre cayó violentamente contra uno de los mástiles del buque. Yo estaba á su lado, ayudándole á volver en sí, pues habia perdido el sentido de resultas de una profunda herida que recibió en la cabeza, y los demas viajeros se habian metido bajo



cubierta, por orden del capitán. Esta orden yo no la oí, y de repente una ola barrió la cubierta, llevándome envuelta en un mundo de espuma. Mi padre quiso arrojar al agua para salvarme, pero le detuvieron entre varios. Gritó, y dijo, que si no moría conmigo, se volvería loco.

ELENA. Pobre padre!

MARIA. Ofreció á los marineros toda su fortuna si me salvaban, pero nadie le oyó.

ELENA. Nadie!

MARIA. Así lo creyó al menos; pero en tanto un hombre se lanza al agua, se apodera de mí, y en pocos instantes me coloca sobre el puente; al abrir los ojos, me encontré en brazos de mi padre.

ELENA. Y tu salvador?

MARIA. Acto continuo llegamos al puerto, y no le volví á ver más.

ELENA. Nunca te ha escrito?

MARIA. Cómo! Si ignora nuestros nombres ni quiénes somos! Según nos dijeron, tenía dispuesto su viaje para la América; es lo único que recuerdo de él.

ELENA. Dios lo quiera. ...

#### ESCENA IV.

Dichos y JUAN ANTONIO en traje de labrador, con una blusa azul.

JUAN. (desde fuera.) Decís que están aquí? Bien... voy á verlas.

MARIA. Mi padre! (yendo á su encuentro.)

JUAN. (entrando.) Si, hija mia!... Señorita Elena, servidor de usted.

ELENA. Buenos días, don Juan Antonio.

JUAN. Cómo estás hoy? (á Maria.)

MARIA. Mejor.

JUAN. Un poco pálida! Te ha dado algun otro síncope ó vértigo como dice el facultativo?

MARIA. No, nada; podeis estar tranquilo.

ELENA. Eso es nervioso.

JUAN. Si, los nervios es una enfermedad ideada por los médicos, cuando no conocen de donde proceden los males; hoy dia todo lo achacan á los nervios.

MARIA. De dónde viene usted tan sofocado?

JUAN. De recorrer las tierras, y ver en qué estado se encuentran.

ELENA. (sonriendo.) Qué tal cosecha se prepara?

JUAN. No faltará para comer, á Dios gracias; el maiz promete ser abundante.

ELENA. Ya lo creo!

JUAN. (sentándose en el canapé y limpiándole primero.) Qué cansado estoy!

MARIA. No se arregla usted un poco? Por qué no se viste?

JUAN. Acaso estoy desnudo, hija mia?

MARIA. No... pero ese traje es tan poco conveniente para...

JUAN. Bueno está para mí... Y tú, por qué no te pones otro vestido que valga mas que ese? Para qué trabajo yo, si no lo has de lucir tú, que eres una niña? Ponte buenos vestidos y pendientes de brillantes.

MARIA. Estoy como las solteras de nuestro pais; ya sabe usted que el lujo en las labradoras, está muy mal visto?

JUAN. Tienes razon, hija mia.

MARIA. Arréglese usted, y no se afane por mí, que ya sé lo que conviene á mi sexo y edad... Vamos, qué hace usted que no me obedece?

JUAN. Allá voy, hija mia... Pero antes, dame un abrazo.

MARIA. Sea en buena hora! (le abraza.)

JUAN. Ya puedes mandarme cuanto quieras.

MARIA. Pues arréglese un poco, no olvide que tenemos gente de fuera, y no es justo los reciba usted en ese traje.

ELENA. Dice bien Maria Ignacia; hoy tiene usted convidados á comer.

JUAN. Cuida de que suban de la cueva buena sagardua, y de que nos sirvan del mejor vino; que nos traigan perdices y pescados frescos; porque eso me importa mas que mi traje.

MARIA. Pero padre...

JUAN. Vamos, no te incómodes, voy á quitarme esta blusa.

MARIA. Looado sea Dios. (llama.)

JUAN. A quién llamas?

MARIA. Al criado, para que le ayude á usted á vestir.

JUAN. Acaso no puedo hacerlo sin necesidad de zánganos? No me he vestido solo toda la vida?

ELENA. Ahora que tiene usted un regular pasar, debe dejarse servir, y trabajar lo menos posible.

JUAN. En mi familia todos han sido acostumbrados al trabajo; y no vivimos si no trabajamos.

#### ESCENA V.

Dichos y DIEGO.

DIEGO. Llamaban ustedes?

MARIA. Ayude usted á mi padre que vá á vestirse. Elena, ven conmigo. Hasta despues.

JUAN. Adios, mi vida. (vanse ellas por la derecha.)

DIEGO. Qué ropa traigo?

JUAN. Qué es lo que dices?

DIEGO. (irónicamente.) Qué traje quiere usted ponerse?

JUAN. Lo que yo voy á poner, es tu persona de patitas en la calle.

DIEGO. Por qué razon?

JUAN. (andando.) (La culpa tiene quien se sirve de criados tan doctos.)

DIEGO. Por Dios, señor, que con esos zapatones va usted á destrozár la alfombra.

JUAN. (sentándose.) Y á él, qué le importa? Estamos buenos; ni aun andar me han de dejar!

DIEGO. Por qué no se sienta usted en otro sillón? Ese es de muelles y le vá á destruir y á ensuciar.

JUAN. Repare usted, señor mio, que me vá cargando y llenando hasta los pelos.

DIEGO. Mi deber es cuidar las cosas.

JUAN. Si nadie las tocara, escusado es que las cuidaran.

DIEGO. Quiere usted ver la cuenta?

JUAN. Venga. (leyendo.) Canario! Catorce reales de guantes! Para quién?

DIEGO. Para mí?

JUAN. Para tí?

DIEGO. Si señor, para acompañar á la señorita en coche.

JUAN. Está esto bueno! Yo no los gasto, y los he de pagar, para que tú los luzcas? (leyendo.) Corbata, treinta y dos... botas, ochenta... á dónde vamos á parar?

DIEGO. Señor... el decoro exige esos gastos... La señorita al menos, lo desea.

JUAN. Lo manda mi hija? Pues demos gusto á mi hija.

ARREG. (entrando.) Ola! Ya está usted de vuelta.

JUAN. Adios, señor Escribano, como está usted?

ARREG. Deseando hablar con usted cuatro palabras.

JUAN. Larga de aquí, Diego.

DIEGO. (bajo.) Vaya unos modales! Larga de aquí!



Ni que fuese un perro. (alto.) Quiere usted alguna cosa mas? (vase.)

JUAN. Perderle de vista.

ESCENA VI.

ARREGUI y JUAN.

JUAN. (sentándose.) Vaya, señor escribano, qué tiene usted que decirme?

ARREG. Ya hablé á usted en otra ocasión de lo mismo.

JUAN. Es del casamiento de mi hija de lo que me quiere hablar?

ARREG. Precisamente; pues lo juzgo una excelente proporción.

JUAN. Si usted tuviese hijos, amigo mio, conocería que nunca hay proporción para colocarlos.

ARREG. Considere usted, que lo que yo le propongo no es ninguna locura.

JUAN. Conque cree usted un buen negocio, venir á quitarme mi hija, mi única ilusión en la vida... cuanto amo en la tierra: para que otro venga con sus manos lavadas, se la lleve, y se apodere de su cariño y de su corazón, dejando solo á su padre, á quien para colmo de desventuras, le dirá, señor mio, venga la dote que la corresponde; pues no solo quiero dejarle sin su pedazo de corazón, sino hasta si es posible, sin su pedazo de pan.

ARREG. Vamos, señor don Juan; su excesivo cariño le hace ser un mal padre.

JUAN. (conmovido.) Cómo! Cree usted por eso que soy un mal padre?

ARREG. Y qué será de ella cuando usted no exista? Podrá vivir sin un protector?

JUAN. Si... si... dice usted bien.

ARREG. Con poco que usted lo reflexione, se convencerá de la mucha razón que me asiste.

JUAN. Toma! Pues si no lo hubiese encontrado natural y razonable, cree usted que no hubiera arrojado por la ventana á cuantos se han acercado á pretenderla?

Y quién es ese nuevo chuchumeco?

ARREG. José Luis Nájera.

JUAN. Ya me lo sospechaba.

ARREG. De veras?

JUAN. Si... pues es el que mas congenia con mi Maria.

ARREG. Y vacilará usted, si ella le acepta?

JUAN. Cuándo podremos hablar con él?

ARREG. Hoy; ahora mismo, si usted quiere.

JUAN. Está aqui? Vamos, se conoce que no quiere perder tiempo.

ARREG. Ha venido como de costumbre, y me ha encargado le diga á usted su pretension; y en caso de no creerla aceptable, visitarle como un amigo; tambien viene con él su hermano, recién llegado de un largo viaje, para proceder solamente á la demanda matrimonial.

JUAN. Lo que mas me carga de todo, son los ceremoniales. Digale usted, que si Maria Ignacia accede, por mi parte está hecho el negocio.

ARREG. Voy á decírselo. Hable usted con ellos; antes les diré, que no hay corazón mas noble en toda la tierra, que el de Juan Antonio Yurriate. (vase.)

ESCENA VII.

JUAN, luego José Luis y CARLOS.

JUAN. Veamos si es á mi hija á quien quieren, ó á su dote; esto es, si es el corazón el que se interesa en este enlace, ó el estómago. (entran los dos.)

JOSÉ. Carlos... el señor es el padre.

JUAN. (Atencion, que el enemigo se acerca.)

JOSÉ. Señor don Juan Yurriate, permítame que le presente á mi hermano.

JUAN. (Yo he visto su cara en alguna parte.)

CAR. (saludando.) Caballero.

JUAN. Celebro verle por mi casa.

CAR. Yo soy quien se dá por satisfecho con saludar á usted.

JUAN. Gaste conmigo pocas ceremonias, pues no gusto de ellas; soy un aldeano, un labrador, y hablo

á mi uso; al pan le llamo pan, y al vino, y es puro; sino, le llamo engaño.

CAR. Por eso no sois menos digno de mi consideracion y aprecio.

JUAN. Verdad que mis tierras y fincas valen un dineral? No cree usted que todo esto supone una gran fortuna?

CAR. Ignoro absolutamente...

JUAN. No es cierto que mis campos están cultivados como no se acostumbra hoy día?

CAR. Usted ha despreciado la antigua rutina, y ha empleado los últimos adelantos.

JUAN. (Con esta gente es preciso mucho ojo; como se les deje hablar, no les han de dar garrote.)

JOSÉ. Amigo mio, no hemos venido únicamente para hablar de agricultura.

JUAN. Usted querrá que hablemos de boda?

JOSÉ. Seguramente.

JUAN. Le ha gustado mi hija?

JOSÉ. La amo con todo mi corazón.

JUAN. Ha considerado usted quién es su padre?

JOSÉ. Por qué lo pregunta usted?

JUAN. Ha reflexionado que voy á ser su suegro?

CAR. Y eso, qué tiene de extraño? Naturalmente ha de ser su suegro, el padre de su esposa.

JUAN. Hablando sin rodeos, quiero decir, que no me agrada que tenga á menos, el que su suegro sea un labrador rústico y atezado.

CAR. Si mi hermano pensase en sonrojarse de usted algun dia, se deshonraria con solicitar hoy el pertenecer á su familia.

JUAN. Es que yo no quiero que vengan de fuera á educarme, y á decirme si esto es así, ó es así...

CAR. Su edad de usted exige disculpa.

JUAN. Y está usted cierto de que quiere á mi Maria Ignacia?

JOSÉ. Mi felicidad es poseer su cariño.

JUAN. Eso es lo que se dice desde Adán acá.

CAR. Es que mi hermano dice lo que siente; y si usted no lo creyese, no seria buen padre, si no rechazase desde luego tal proposicion.

JUAN. (colérico.) Qué dice usted, caballero? (calmándose de pronto.) Tiene usted razon.

CAR. Vamos, qué ha contestado usted al escribano?

JUAN. Qué doy por hecho lo que haga mi hija.

CAR. Con que su hija acepta á mi hermano por esposo?

JUAN. No hay mas que hablar... sino contar la dote. Siéntense ustedes un momento, y hablemos respecto á la dote. Si no me engaño, su hermano tiene un capital de veinte mil duros.

CAR. Justamente.

JUAN. Quiere decir, que con cien mil que yo le doy á mi hija, podrán vivir regularmente.

CAR. No tal, caballero; con esa cantidad no podrá vivir mi hermano.

JUAN. Cómo! Tan tragon es el señorito? (No dije que era cuestion de estómago mas que de corazón?)



CAR. No comprende usted, que teniendo su hija cien mil duros, mi hermano debe llevar siquiera otros cien mil.

JOSÉ. Y dónde los he de buscar?

CAR. Eso me incumbe á mi hermano.

JOSÉ. Quieres que me enriquezca á costa tuya? Nunca consentiré...

JUAN. Dice bien el jóven! Para qué necesitan mas! Mi hija y yo nos damos por satisfechos.

CAR. Jamás permitiré tal cosa!

JUAN. Haga usted lo que guste. Quién será usted, para quitarme el que yo dé á mi hija cien mil duros, ó doscientos si se me antoja?

CAR. Entonces no consentiré en ese enlace.

JUAN. Por qué? Sepamos.

CAR. Porque mi hermano se llama el Conde de Camporedondo.

JUAN. Y qué tenemos con eso, si á mi me agrada de todos modos?

CAR. Porque no debe dar lugar, á que se crea que ha especulado con su título, y que ha vendido su nobleza.

JUAN. (Muy bien dicho! Este chico vale un tesoro!) (á José.) Dice bien su hermano, primero es la honra que nada en el mundo.

CAR. Me alegró que usted lo conozca.

JUAN. Venga esa mano... Es usted todo un caballero!

JOSÉ. (abrazándole.) Gracias, hermano mio.

JUAN. (conmovido.) Dios bendiga á ambos! Lo que siento es no tener mas que una hija que darles! (á Carlos.) Vaya usted al jardin, y hable con mi María Ignacia, que está allí paseándose con una discípula suya... No espere usted á que yo vaya á prevenirla... Usted, véngase conmigo entretanto. (á José.)

JOSÉ. Como usted guste. Carlos, mi dicha está en tus manos.

JUAN. (No ha hecho mala eleccion mi hija.) (á Carlos.) Sea con ella tan elocuente como conmigo, y triunfará pronto. Ea, en marcha. (vanse Juan y José por el fondo.)

#### ESCENA VIII.

CARLOS, luego MARÍA IGNACIA.

CAR. Bien me lo dijeron; bajo ese rústico frage se encierra un corazón franco y generoso; esto, unido á la brillante educacion que ha dado á su hija, es una garantía de su futura felicidad. Con eso tendré una hermana mas; cuyos hijos, no solo serán mis sobrinos, sino que los consideraré como si fuesen propios. Quiere decir, que en vez de esposa, tendré una hermana, y en vez de hijos, el amor de mis sobrinos!

MARÍA. (viéndole al salir por la derecha.) (Sin duda espera á mi padre!) (se dirige al fondo.)

CAR. (viéndola.) (Una joven!... Cuán bella es!... Esa no debe ser su hija... será la amiga de quien nos habló.)

MARÍA. (al fondo.) No le veo!

CAR. Señorita...

MARÍA. (viniendo.) Caballero...

CAR. Cielos!

MARÍA. (Es él!)

CAR. No, me engaño!

MARÍA. No, yo soy la que le debe la vida. Usted me sacó de entre las olas del mar, no es cierto?

CAR. Bendita sea la casualidad que me proporciona

verla á usted, despues de tanto como la he buscado.

MARÍA. De veras, me ha buscado usted?

CAR. Lo estraña usted? No comprendia usted, que ardia en mi pecho un deseo vehemente de contemplarla? Si huí de usted, fué por evitar las felicitaciones de sus compañeros de viaje, y la gratitud de su buen padre. Ni aun quise saber quien usted era, ni dónde habitaba. Temí que su nombre me atormentase durante mi navegacion, y parti de su lado llevando tan solo una ligera impresion, que pasaria en breve... pero me engañé!

MARÍA. Qué oigo!

CAR. Durante una travesía de tres meses, no llevaba á bordo ni amigos ni parientes que se interesasen por mí, ni á quien amar un instante. Solo vivia de mis recuerdos, y el mas constante y querido de todos, era el de la jóven á quien habia salvado la vida, de aquella jóven que estrechaba en mis brazos cuando luchaba contra la tormenta.

MARÍA. Y por qué no habeis venido á verme antes? Oh! Ha sido usted demasiado cruel para conmigo!

CAR. Harto castigado he sido!

MARÍA. Por qué?

CAR. Porque apenas me alejé de usted, sentí desvanecerse todas mis resoluciones de olvido é indiferencia. Me acusaba constantemente por no haber preguntado, quien usted era, dónde vivia, para haber acudido una y cien veces en su busca! Oh! Mas de una vez hice diligencias para encontrarla; pero en vano! Por mas pueblos y aldeas que he recorrido, no logré ni una ligera noticia de su paradero.

MARÍA. Y qué casualidad le ha conducido á esta casa?

CAR. No tiene usted una amiga que habita en ella?

MARÍA. Sí...

CAR. Vengo á pedirla para esposa de mi hermano.

MARÍA. Cómo! Usted tiene un hermano y quiere casarse.

CAR. Sí.

MARÍA. (aterrada.) Luego usted es...

CAR. Carlos Samper.

MARÍA. Samper! Respiro!

CAR. De qué nace ese temor?

MARÍA. Creí que su hermano de usted fuese el conde de Camporedondo.

CAR. Usted conoce á José Luis?

MARÍA. Si, y ese conde aspira á casarse conmigo.

CAR. Segun eso, usted es... Por piedad, dígame su nombre.

MARÍA. María Ignacia de Yurriate.

CAR. Cielos! Usted es la que yo vengo á pedir en casamiento.

MARÍA. Yo!...

CAR. (viendo entrar á Luis.) Hermano mio!

#### ESCENA IX.

Dichos, JOSÉ LUIS y JUAN ANTONIO.

JUAN. Ea, están ustedes de acuerdo? Cuando es la boda?

MARÍA. (asombrándose.) (La boda?)

CAR. (bajo.) (No me desmienta usted, se lo suplico.)

MARÍA. (bajo.) (Cómo!)

CAR. (id.) (Vá en ello la vida del conde y mi honor.)

MARÍA. (bajo.) (Su honor!)

CAR. (alto.) Acabo de hablar con esta señorita, del asunto que mi hermano y yo (con intencion), tuvimos el honor de proponerle.

MARÍA. (Es su hermano!)



CAR. La he confiado, que me fue recomendado por mi madre al morir; exigiendome que le mirase cual si fuese mi hijo. Por asegurar su dicha, no habrá sacrificio que no omita; y por lo tanto, ruego á su hija de usted, no se niegue á mi demanda.

MARIA. Yo?

CAR. (bajo.) Exijo ese sacrificio de usted, si en algo me estima.

MARIA. (bajo.) Usted lo quiere! (alto.) Acepto sin vacilar.

JOSÉ. Mi vida la consagrare para hacerla feliz. (La toma la mano.)

MARIA. (temblando.) Si... si... Ah! (se desmaya.)

JOSÉ. Dios mio! Se ha desmayado! (la sientan en un canapé á la derecha.)

JUAN. Hija mia!

JOSÉ. Carlos, tú que eres médico, examínala... mira su palidez... (Carlos la pulsa.)

JUAN. Como! Es usted médico, (llamando.) Diego! Victorina! (vase por la derecha.)

CAR. (Suena ó estoy loco?... Oh! Eso no puede ser!... Miente la ciencia!... Si... si...)

JUAN. (entrando.) Aquí traigo este frasco de esencia... Está peor?

JOSÉ. Qué es lo que tiene, Carlos?

CAR. (medio loco.) Yo... ustedes me preguntan?...

JUAN. (fuera de si.) Hable usted... está de peligro?

CAR. No... ya vuelve en sí... nada tenéis que temer.

MARIA. (volviendo.) Padre mio! Perdon! A todos he asustado... ya me siento mejor...

JUAN. Bendito sea el cielo! Habrá sido algun vahido, de esos que te dan hace poco tiempo.

CAR. Oh!

MARIA. En cuanto respire el aire me pongo buena.

CAR. (á José.) (José, tengo que hablarte á solas.)

JOSÉ. (Ahora?)

CAR. (Si... tengo que hacerle una horrible declaración.)

JOSÉ. (bajo.) (Se trata de mi casamiento?)

CAR. (Si; ese acto no puede tener lugar.)

JOSÉ. (Por qué?)

CAR. (Silencio!) (Maria se levanta.)

JUAN. Estás bien? Ea, señor novio, de usted el brazo á su futura, y llévela á dar un paseito por el jardin. En la mesa fijaremos el dia de vuestro enlace, y quiénes han de ser los padrinos.

JOSÉ. (mirando á Carlos.) Al punto voy. (vase con ella del brazo.)

MARIA. (aparte mirando á Carlos.) El mismo me ordena que me case con otro!

JUAN. (viéndoles salir.) Gallarda pareja van á hacer! Qué envidias ya á despertar en el país la boda de mi hija! Cuan felices vamos á ser!

CAR. Felices! (El cielo no lo consiente.) (vânse por el fondo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala decentemente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

ARREGUI, EL CONDE, FEDERICO y convidados.

FED. Por vida mia, que el bueno de don Juan dá unos convites soberbios!

ARREG. Que opina usted, Conde, de la prodigalidad de Yurriate?

CON. Si he de decir la verdad, confieso que obsequia á sus amigos con la esplendidez de un duque.

FED. Como se conoce que es millonario!

CON. Sobre todo, lo que mas hay que admirar en su casa, es el buen gusto que preside á todo. Ya se conoce que la mano de su hija interviene en ello. Está visto; una casa sin muger, no tiene pies ni cabeza.

FED. Conde; me parece que antes de un año le vemos casado.

CON. Quién sabe!

ARREG. Ha venido usted á eso?

CON. No diré que sí, ni que no.

ARREG. Pues me permitirá que le diga, que hará muy mal en pensar en Maria Ignacia.

CON. Maria Ignacia es una jóven seductora; su fortuna la hace doblemente apreciable; pero si alguno de ustedes aspira á su mano, le suplico no me cuente en el número de sus rivales.

Todos. Como!

CON. No tengo la pretension de ser el esposo de Maria.

ESCENA II.

Dichos, JUAN ANTONIO, de gala, y DIEGO detrás.

JUAN. Señores, que el café se enfria.

DIEGO. Señor, á mi me toca anunciarlo.

JUAN. Vete con mil de á caballo!

DIEGO. Señores, cuando ustedes gusten, se les servirá el café.

CON. Vamos allá.

JUAN. Vayan ustedes al comedor. (les hace salir, y Arregui sigue escribiendo en un librito ó cartera.)

DIEGO. Si usted se entromete en mis obligaciones, no podemos seguir así.

JUAN. No me vengas con canciones.

DIEGO. Lo dicho! Cada uno observe su puesto.

JUAN. Si? Pues toma! (le dá un puntapié.)

ARREG. (dirigiéndose á ellos.) Vamos! Ahora no te quejarás de la dulzura de tu amo.

DIEGO. Señor, usted me ha faltado indebidamente, y me despido de su casa. Puede usted liquidar mi cuenta en seguida.

JUAN. Ahora mismo! (saca dinero.)

ARREG. (bajo.) Mira que pierdes seis mil reales de renta por lo menos.

DIEGO. (bajo.) Qué dice usted?

ARREG. (bajo.) No habia pensado decírtelo; pero en caridad te lo diré: ten entendido que la Marquesa te ha legado seis mil reales de renta, si permaneces diez años en la casa.

DIEGO. Seis mil reales!

ARREG. Que empezará á cobrar, en cuanto cumplas los diez años...

DIEGO. Ya llevo nueve y medio.

ARREG. Pues ten prudencia. (vase.)

DIEG. (Por qué no me lo habra dicho antes?)

ESCENA III.

JUAN y DIEGO.

JUAN. Ven á tomar tu cuenta.

DIEGO. Mi cuenta!

JUAN. No la has pedido?

DIEGO. No sé lo que me dije.

JUAN. Pues yo si sé, que no puedo consentir en mi



casa á un insolente tan desvergonzado, que me alce el gallo á cada paso.

**DIEGO.** Pero señor...

**JUAN.** Cuánto te debo?

**DIEGO.** Nada.

**JUAN.** Cómo es eso?

**DIEGO.** (*Morando.*) Porque para nada necesito el dinero, si usted me echa de su casa.

**JUAN.** Cómo! Tanto sientes abandonarme?

**DIEGO.** Ya lo creo! Como que les quiero á ustedes mas que á mi vida. No saldria de esta casa, aun cuando me diesen cien mil reales de renta.

**JUAN.** De veras?

**DIEGO.** Como usted lo oye.

**JUAN.** Pues cuidado con la enmienda; encárgate de disponer lo necesario, para que todo el mundo se divierta.

**DIEGO.** No comprendo!...

**JUAN.** Quiero disponer una funcion, con la cual puedan disfrutar los habitantes de los caserios inmediatos.

Comprendés?

**DIEGO.** Si señor; habrá zorzico, tamboril, fuegos artificiales, y una mesa abundante y escogida. No es eso lo que usted quiere?

**JUAN.** Cuida mucho de los fuegos artificiales, sobre todo. (*vase.*)

**DIEGO.** Descuide usted; los haré venir de San Sebastian.

#### ESCENA IV.

**DIEGO, luego ELENA.**

**DIEGO.** De buena me he escapado! Aunque me maten, no salgo de aqui hasta despues de cumplir los diez años.

**ELENA.** (*entrando.*) Diego.

**DIEGO.** Señorita...

**ELENA.** No me dijo usted que una persona deseaba...

**DIEGO.** Si, señorita; el Conde, mi antiguo amo, solicitó hablar con usted á solas.

**ELENA.** Vá á venir?

**DIEGO.** Ahí lo tiene usted.

**ELENA.** El es!... (*el Conde entra; Diego saluda y vase.*)

#### ESCENA V.

**CONDE y ELENA.**

**CON.** Sin duda sorprenderá á usted esta entrevista?

**ELENA.** Ciertamente que...

**CON.** La suplico me escuche con dulzura, y no dude que sabré alcanzar su perdon.

**ELENA.** Hable usted.

**CON.** No ignorará usted, Elena, que he disipado toda la fortuna que heredé de mi tia.

**ELENA.** Lo sé.

**CON.** Lo que ignorará usted es, que á medida que mi ruina se consumaba, renacia en mi el mas profundo remordimiento. Pensaba en usted, Elena.

**ELENA.** Y viene sin duda á pedirme perdon y olvido? Perdonado está usted; en cuanto al olvido, haré lo posible por conseguirlo. Es eso todo lo que tenia que decirme?

**CON.** Oh! no. Yo no soy de esos miserables que se arrepienten cuando la desgracia los agovia. Si vengo á usted, Elena, es porque la fortuna me ha hecho tres veces mas rico, con una nueva herencia.

**ELENA.** No alcanzo á comprender, qué tiene eso de comun conmigo.

**CON.** Vá usted á saberlo. Avergonzado de lo pasado, me he asegurado un porvenir tranquilo, y quiero que ningun recuerdo ni remordimiento turbe mi dicha; por eso he venido á decir á usted: Elena, he sido un ingrato, un miserable, y quiero á todo trance darla una solemne reparacion.

**ELENA.** Una reparacion?

**CON.** Ya he dicho que soy rico, y anhele que mi fortuna sea de usted tambien; acéptela usted, Elena, con mi mano y mi nombre, y no dude que ayudará á convertirme en un hombre de honor, haciéndome su esposo.

**ELENA.** Yo esposa de usted?

**CON.** No es por arrepentimiento ni por deber, por lo que la solicito en este instante; es por lo mucho que la amo, por lo que imploro su cariño de rodillas.

**ELENA.** Conde! Conde!

#### ESCENA VI.

**Dichos, JUAN ANTONIO, JOSÉ LUIS.**

**JUAN.** Qué veo! El galán á los piés de su dama?

**CON.** Estoy dando gracias á Elena, por el honor que me dispensa, concediéndome su mano.

**JUAN.** Otra boda! Bravo! Si ustedes quieren, la celebraremos el mismo dia que la de mi hija.

**JOSÉ.** (*La de su hija!*)

**ELENA.** (*alegre.*) Cómo, María se casa tambien?

**JUAN.** Admiréense ustedes! Con un jóven mas rico que ella. Es toda una novela. Aqui tienen ustedes al novio.

**CON.** Le felicito, amigo mio, si es que usted olvida lo pasado.

**JOSÉ.** Esta es mi mano. (*la estrechan.*)

**JUAN.** (*á Elena.*) Voy á comunicar á mi hija tan grata nueva. Cuanto se vá á alegrar!

**ELENA.** Sé que me quiere de veras.

**CON.** Elena, venga usted conmigo; ansio presentarla á todo el mundo. (*vase con Elena.*)

#### ESCENA VII.

**JOSÉ LUIS, JUAN ANTONIO.**

**JOSÉ.** (*Carlos me dijo, que mi enlace era imposible.*)

**JUAN.** (*á José.*) Yerno mio, está usted triste?

**JOSÉ.** Oh! no tal.

**JUAN.** Dígame lo que le pasa, con toda franqueza. Si es cosa que se arregle con oro, el mio es de usted. Es alguna cosilla que le ha pasado, y no se atreve á confesársela á su hermano?

**JOSÉ.** No es nada de eso.

**JUAN.** No dudo que estará satisfecho por la boda que hace con mi hija, y que sabrá hacer feliz á mi María Ignacia.

**JOSÉ.** Sé cuanto vale, y que es digna por todos títulos de mi cariño.

**JUAN.** Qué si es digna? Ya lo creo! Y yo? Me parece que tambien merezco que me quieran.

**JOSÉ.** Mi gratitud y afecto para con usted, serán eternos.

**JUAN.** Solo les pido, no me abandonen; acostumbrado á las caricias de mi hija, no sé si podré pasar sin ellas. Todos los meses vendreis doce ó quince dias, y los veranos estareis en mi compañía.

**JOSÉ.** (*distruido.*) Si... si...

**JUAN.** El tiempo que esté solo, lo pasaré contando el dia que debeis venir. Aqui los aires son mas puros que en Madrid. Podeis pasearos por esos



campos y castaños, ya en coche ó á caballo. La leche y la sidra de esta tierra es de lo mejor del mundo. Pues y la fruta... y los pescados? Vamos, cuando os digo que lo pasareis como príncipes!...

JOSÉ. Quién duda eso?

JUAN. Los meses de invierno me iré con vosotros á Madrid; y de ese modo estaremos juntos.

JOSÉ. Bien pensado.

JUAN. Procuraré vivir, el menos tiempo posible ausente de mi hija.

ESCENA VIII.

Dichos y CARLOS.

JUAN. A tiempo llega su hermano de usted. (á Carlos.)

A ver si usted logra saber, por qué está tan triste su hermano.

CAR. A eso vengo precisamente.

JUAN. (sonriendo.) Entonces yo estoy de mas.

CAR. No tal...

JUAN. Vaya, conmigo pocos cumplidos; usted es de la familia, y sabe que esta es su casa... Ya me ha dicho mi hija, quién es usted, y cómo las gasta.

CAR. Su hija le ha dicho...

JUAN. Mi María tiene buen ojo, y mucho de aquí. (señala la frente.) Nada se la escapa. En seguida conoció á usted.

CAR. (turbado.) A mí?

JUAN. Cuándo olvidará que usted la salvó la vida hace dos años?

JOSÉ. Qué oigo?

JUAN. Don José, usted ama á su hermano, no es verdad? Pues debe idolatrarle en adelante... Sino es por él, mi hija ya no existe.

JOSÉ. (turbado.) Según eso, fué á María á quien...

JUAN. Nó lo estoy diciendo? A ella fué á quien sacó de la mar! Oh! Por don Carlos daría yo mi vida... Hasta mi honra.

CAR. Por Dios...

JUAN. Vamos, hablen con tranquilidad de sus asuntos; hasta luego. (vase.)

ESCENA IX.

CARLOS, y JOSÉ LUIS.

JOSÉ. Carlos, es María á quien tú salvaste?

CAR. Si; comprendo cuanto piensas ahora. Estás diciendo para tí, es ella la que mi hermano salvó la vida; á quien no ha olvidado desde entonces, y á quien ama.

JOSÉ. No es por eso por lo que hace un instante me digiste, que mi enlace era imposible!

CAR. Es así como juzgas de mi cariño y de mis generosos sentimientos? Me crees tan egoísta, que vaya á sacrificar tu ventura porque yo la recuerde ó la haya salvado?

JOSÉ. Qué otra causa podía sospechar?

CAR. Cuán mal me has juzgado!

JOSÉ. Recuerda lo que ha pasado, y dime qué habrías pensado en mi lugar. Ves que ella consiente en ser mi esposa, y que yo no anhelo otra cosa; y porque un desmayo la sorprende durante nuestra entrevista, y haces tus observaciones, te acercas y y me dices en secreto. José, hermano mio! Este enlace no puede verificarse. Qué había de creer sino que tú la amabas también?

CAR. Si, también la amaba! Y cuando la he vuelto á ver, y la he reconocido, mi corazón saltaba de alegría, pues siempre pensaba en ella... empezaba

á creermelo feliz cuando tú te acercaste y descubri el misterio. Mas tanto te he amado toda mi vida, han sido tantos los sacrificios que por tí me he impuesto, que no dudé en decirme: Carlos, sufre y calla! Que sea feliz tu hermano. Oh! la ingratitud por todas partes, aun entre hermanos!

JOSÉ. Perdóname! Pero dime, qué obstáculo se opone á mis deseos?

CAR. José Luis, tu honra y la mía, impiden que des tu nombre á María.

JOSÉ. Nuestra honra?

CAR. Armate de energía y de valor; resignate á sufrir como yo.

JOSÉ. Explicáte por Dios.

CAR. Pues... sabe que María...

MARIA. (apareciendo al fondo.) Señores, los andaba buscando. (Los dos hermanos se miran sorprendidos.)

ESCENA X.

Dichos y MARIA IGNACIA.

CAR. Aquí está!

MARIA. Por qué están ustedes tan alterados? A qué viene esa emocion? No hablaban ustedes de mí ahora?

CAR. (mirándola.) Si... efectivamente.

MARIA. (bajo.) Carlos, comprendo su generosidad de usted. Mande y obedeceré en todo; mi vida es suya, y nunca lo olvidaré. Seré esposa de su hermano y procuraré hacerme digna de él. (dándole la mano.)

Oh! nunca se arrepentirá de tenerme por hermana.

CAR. (estrechándola la mano.) Esa voz tan pura no puede mentir! Esa mirada tan noble es incapaz de hacer una infamia. No creas cuanto te he dicho, José Luis!

JOSÉ. Qué dices, Carlos?

MARIA. Pues qué le había usted dicho?

CAR. Hermano mio, déjame un instante solo.

JOSÉ. Te obedezco.

CAR. (bajo.) Necesito hablarla á solas para penetrar un cruel misterio. (vase José.)

ESCENA XI.

CARLOS y MARIA.

MARIA. Tiene usted algo grave que confesarme?

CAR. Si; grave y solemne, señorita; necesito que me jure decir la verdad en todo.

MARIA. Juro á usted ser sincera y leal.

CAR. Por la memoria de su madre; así lo espero.

MARIA. No hable usted mas de eso.

CAR. María en breve debe usted ser la esposa de mi hermano.

MARIA. Lo sé. (vacila y se sienta.)

CAR. Se desmaya usted?

MARIA. No sé lo que pasa por mi hace algun tiempo.

CAR. (observando.) Tan pronto se enrojece usted como palidece.

MARIA. Verdad es!

CAR. (pulsándola.) El pulso tan pronto se reanima y late con violencia, como se estingue.

MARIA. Vamos, no se ocupe usted de mi salud! Esto pasa pronto. De qué quería hablarme?

CAR. (pulsándola y mirándola.) Solo voy á hacer á usted una pregunta.

MARIA. Cuál es?

CAR. El nombre de la persona á quien ha amado usted.

MARIA. Yo!

CAR. Ha jurado por la memoria de su madre decirme la verdad.



MARIA. Hasta el día en que su hermano de usted entró en casa de mi padre, ninguno de cuantos me han solicitado por esposa, no ha obtenido de mí ni una palabra, ni una mirada de afecto.

CAR. A mi hermano no es á quien usted ha amado; su cariño para con usted ha sido puro y leal.

MARIA. No comprendo entonces.

CAR. Dígame usted cómo se llama ese hombre.

MARIA. Qué hombre! Eso es mucha crueldad.

CAR. (con gravedad.) Maria, hable usted pronto! Pronto!

MAR. Pues bien; sepá usted que antes de pensar en ser la esposa de su hermano, amé á otro... á otro que me castiga hoy muy cruelmente, puesto que abusa de mi juramento; puesto que se atana en sonrojarme, y que me obliga á decirle: el hombre á quien siempre he amado, ha sido al que me salvó la vida. Solo en él he pensado desde entonces.

CAR. (fuera de sí.) A mí?... usted se atreve... (aparece José Luis.)

### ESCENA XII.

Dichos, JOSE LUIS.

CAR. Luis, hermano, no la oigas, te engaña, miente villanamente.

MARIA. Carlos! Qué está usted diciendo!

CAR. (fuera de sí.) Que quería usted hollar un juramento sagrado, de igual modo que faitó á sus mas preciosos deberes.

JOSE. Carlos!

MARIA. Es á mí á quien dice usted todo eso?

CAR. Ni mi hermano ni yo hemos sido amados de usted; ha pertenecido á otro hombre.

MARIA. (fuera de sí!) Cielo, santo! Yo pertenecer á otro hombre!!!

JOSE. Qué oigo!

### ESCENA XIII.

Dichos y JOSE ANTONIO.

JUAN. Qué pasa por aquí, señores?

MARIA. Padre mio! Venga usted á defenderme y protegerme. Me están acusando y ultrajando vilmente.

JUAN. Cómo! Quién te ha insultado, vida mia?

CAR. He dicho á esta señorita, que el enlace proyectado con mi hermano, no puede verificarse.

JUAN. Y por qué razón?

CAR. No puedo decir la causa.

MARIA. Yo la diré, padre mio.

CAR. Desgraciada, no lo revele usted aun.

MARIA. (fuera de sí.) Nada temo! Ninguna infamia tengo que ocultar; hablaré para hacer pública su enorme calumnia.

CAR. Obre usted como le parezca.

MARIA. Me rechazan porque me creen culpable; porque me tienen por deshonrada.

JUAN. (lanzándose sobre José.) Qué lengua villana ha dicho tal palabra?

CAR. Yo!

JUAN. (conteniéndose.) Y la prueba, dónde está?

CAR. No puedo decirlo.

JUAN. Hable usted pronto! Venga la prueba!

CAR. Usted la pide?

JUAN. (fuera de sí.) No lo está usted oyendo?

CAR. La prueba la tendrá usted.

JUAN. Cuándo?

CAR. Cuando su hija sea madre.

JOSE. Oh!

JUAN. Madre!

MARIA. Yo?

JUAN. Maria! Mi hija!

MARIA. Padre mio, míreme usted cara á cara; oígame, y si no se convence, míteme pronto! Oh! No me defenderé ni pediré auxilio! Nunca falté á mis deberes ni á los santos consejos de mi querida madre! Oh! Desde el cielo pide justicia para su inocente hija, á quien nunca perdió de vista ni abandonó un instante! Y cómo habria yo de faltarme á mi misma, estando mi madre delante! (cae de rodillas.)

JUAN. Hija mia, levántate! Miralos bien, para que se aterren con tu mirada. (sosteniéndola.) Te creo inocente como la candida tortola; tú eres incapaz de todo mal. Desde este instante, mi casa estará abierta para todo el mundo, aun cuando la pena y la muerte me asalten. Todos los días tendremos gentes á comer, á fin de que te vean y contemplan sin cesar. Ustedes mismos no saldrán de esta casa, para que patenten cuán infames han sido sus sospechas. Permanecerán aqui hasta el dia que á gritos nos devuelvan la honra que nos acabari de robar. Oh! Es preciso que yo vengue á mi hija de tal afrenta... Despues de ese dia, yo sabré matarlos, y usted esperará aqui hasta el dia de mi venganza! (se dirige al fondo sosteniendo á su hija.)

CAR. (con calma.) Está bien; esperaremos tranquilos!

### FIN DEL ACTO TERCERO.

## ACTO CUARTO.

La cerca de una granja; á la derecha una casita pequeña á la cual se sube por algunos escalones de piedra; al fondo un alto cercado, y á lo lejos el campo.

### ESCENA PRIMERA.

JOSE LUIS, luego MADARIAGA.

JOSE. (por el fondo.) Crei que me perdía por esos intrincados caminos! Al fin llegué!

MAD. (desde dentro derecha.) Eh! Aqui, abajo!

JOSE. Al fin encontré á quien preguntar.

MAD. (entrando.) Diga usted, estaba abierta la puerta?

JOSE. (Calla, es conocido.)

MAD. Si venis buscando á alguno, no hay nadie.

JOSE. No es esta la granja donde habita don Carlos Samper?

MAD. No lo sé. (de mal humor.)

JOSE. Pues yo sé quien eres tú. Te llamas Madariaga; has sido marino, y enfermero del buque en que iba de cirujano mayor don Carlos Samper.

MAD. Segun eso, usted es José Luis, su hermano!

JOSE. El mismo; conque dime la verdad; está en casa mi hermano?

MAD. Si señor, y yo estoy á su servicio; aqui le teneis.

CAR. (entrando.) Con quien estás hablando?

JOSE. Soy yo, Carlos!

CAR. Luis!

MAD. No he tenido mas remedio que recibir al señorito.

CAR. Está bien. Déjanos solos. (vase Madariaga.)

### ESCENA II.

CARLOS, JOSE LUIS.

JOSE. Te estrañas de que haya descubierto dónde te



ocultas desde la desgracia de la familia de Yurriate?

CAR. Efectivamente.

JOSÉ. No sabiendo de tí, me fui á preguntar al capitán de la fragata donde se viste, y me digeron que allí no te habías; pero me aseguraron que Madariaga acababa de salir para traerte un recado: emprendí tras él, hasta que me encontré en este sitio.

CAR. Celebro verte, hermano mio; pero muy sensible vá á ser tu venida, tanto á Maria como á su pobre padre.

JOSÉ. Ambos saldremos de aquí al momento.

CAR. Qué dices?

JOSÉ. Tu ciencia debe serles inútil en estos momentos. Por qué estás tan pálido?

CAR. Es preciso que te ausentes solo.

JOSÉ. Solo!

CAR. Si, porque mi mision no ha terminado aun.

JOSÉ. No pueden llamar á otro facultativo?

CAR. No tal! Como quieres que fien á otro, el secreto que yo poseo! Ellos mismos me han rogado que nadie sepa cuanto aqui pasa. El buen anciano me lo ha pedido de rodillas! Quiéres que la abandone ahora? Por consejo mio se han venido á este retirado caserío, donde nadie puede sospechar lo que sucede. Aquí no hay mas que nosotros, Madariaga y una hermana de la misericordia para cuidar á la pobre enferma, que cada dia está mas débil y abatida. Cuatro meses hace, hermano mio, que lucho para sacarla de las garras de la muerte. La pobre criatura, tan pronto me decía, quiero morir, venga la muerte en mi ayuda, como me suplicaba la salvase.

JOSÉ. Pero no esplicarás como...

CAR. Aquí viene su padre!

ESCENA III.

JOSÉ, CARLOS y JUAN.

(Juan viene despacio y abatido, José quiere salir y Carlos le detiene.)

JUAN. (viéndolos.) No se marche usted porque yo venga! Aquí no hay nada oculto para usted. Al contrario, nos alegramos verle y darle la mano, si es que quiere estrechar la mia.

JOSÉ. (dándosele.) Conitoda el alma!

JUAN. Usted habrá olvidado que le insulté y que quise matarle, pero no olvidará nunca que le pedí perdon y que soy muy desgraciado.

JOSÉ. Siento tanto como usted cuanto aquí pasa.

JUAN. Veo que es usted tan bueno como su hermano, que es siempre la providencia de mi casa.

JOSÉ. Nada tema usted respecto á su hija.

JUAN. (gozoso.) De veras! Gracias, Dios mio! Tambien la buena hermana de la caridad me ha dado grandes esperanzas.. Oh! Me permitirá usted que la vea hoy?

CAR. Si me dá usted palabra de...

JUAN. De ser cariñoso con ella? La doy; lo primero que voy á hacer en cuanto la vea, es abrazarla, para que no se intimide al verme.

CAR. Si es así, concedido.

JUAN. Ya sabe usted que por no causarla mayor mal, me he condenado á vivir en otro departamento y á no verla sino cuando ella lo ignore... Qué está usted escuchando?

CAR. Creia oír el ruido de un carruaje.

JUAN. Algun coche que habrá cambiado el camino.

JOSÉ. Ya se aleja.

JUAN. Aquí nadie puede venir.

CAR. Pues siento pasos! Ese carruaje ha traído sin duda á alguien.

JUAN. Sea quien quiera, saldrá de aquí inmediatamente.

ELENA. (por la izquierda.) Menos yo, don Juan Antonio.

Todos. Elena!

ESCENA IV.

Dichos y ELENA.

JUAN. Por quién pregunta usted? A quién busca?

ELENA. Vengo, porque Maria me ha llamado.

Todos. Maria!

JUAN. La ha escrito á usted?

ELENA. Vedlo! Aquí viene en mi busca! (se ve bajar á Maria con algun trabajo.)

ESCENA V.

Dichos y MARIA.

MARIA. Elena!

ELENA. (yendo á ella.) Maria! (la abraza y la sostiene.) Querida amiga, cuán pálida estás!

MARIA. (sonriendo.) Pues estoy mejor. (se detiene al ver su padre.)

JUAN. (oculto tras de Carlos.) No quisiera causarla daño.

CAR. Ya sabia que hoy la veria usted; vaya usted á abrazarla, pues ella no se atreve.

JUAN. No la hará daño mi presencia? (acercándose.)

MARIA. hija mia... estás algo mejor?

MARIA. (acercándose.) Padre mio!

JUAN. Te alegras verme? Abrazame.

MARIA. Que os abraze? (indecisa.)

JUAN. Si... tal, hija mia!

MARIA. (abrazándole.) Padre de mi corazón!

JUAN. (bajo.) No llores, que hay gente de fuera.

MARIA. (Por eso me ha abrazado.)

JUAN. Aquí tienes á don Luis que ha venido á verte... y á Elena, á quien has llamado sin decirnos nada.

(bajo.) Has hecho mal! (alto.) Don Luis, quiere usted ver este caserío? (Procura que Elena lo ignore todo al salir de aquí esta noche.)

MARIA. Esta noche!

JUAN. (conteniéndose.) Pues qué ha de hacer sino irse esta noche? Hasta luego. (vase con Luis y Carlos.)

ESCENA VI.

ELENA y MARIA.

MARIA. Cuán buena eres, Elena!

ELENA. Me llamabas con tal premura.

MARIA. (sentada á la izquierda.) Te ha permitido venir tu marido? Supongo que ya estarás casada?

ELENA. Camporedondo ha activado las diligencias para que la ceremonia tuviese lugar lo más pronto posible; pero el escribano Arregui no ha terminado aun las diligencias... Ahora hablemos de tí; dime por qué vives aquí? Por qué has venido á esta casa tan retirada y solitaria?

MARIA. Aun no es lo bastante para ocultar nuestra desgracia.

ELENA. Qué desgracia es esa?

MARIA. Elena, mi padre no nos dejará hablar cinco minutos. Voy á decirte por qué te he llamado.

ELENA. Habla.

MARIA. Cuando te escribí, desconfiaba Carlos de sal-



varme; y antes de morir, quería decirte á tí, mi mejor amiga, Elena, salva á mi hijo!

ELENA. A tu hijo?

MARIA. Te admiras, no es cierto? Y mas aun que te lo diga sin rubor!... Pero donde no hay culpa, no hay vergüenza. Me han perdido... y no soy culpable.

ELENA. Yo no te acusaré tampoco... pero...

MARIA. Quizás tú comprendas lo que yo ignoro. Te acuerdas del dia que me dejaste por seguir al señor Arregui?

ELENA. Si.

MARIA. Aquella mañana hice mi oracion de costumbre, y con toda la sinceridad de mi alma... No me acusaba de haber tenido un mal pensamiento, y ofrecia á Dios un corazon puro, cuando ya estaba deshonrada.

ELENA. Deshonrada?

MARIA. Sí... Carlos me lo dijo, y no quiso que yo le gase mi deshonra á su hermano... Indignada ante aquel ultrage, protesté enérgicamente, y llamé á mi padre para que los confundiese y anonadase. Tal era la conviccion de mi inocencia, lo juro ante Dios, que no temí provocar la ira de mi padre!... Pocos dias despues fué preciso huir para que mi oprobio no fuese conocido; y cuando mi padre me cogió en sus brazos para sacarme de casa, tapándome la boca para sofocar mis lamentos, exclamaba yo aun: padre mio, soy inocente, no te he engañado! Llegué aquí, é hice igual protesta á Carlos, el cual nos siguió generosamente; y á la hermana de la caridad que vino á velarme... Aun lo creia así, en medio de mis mayores angustias... y hoy mismo... Elena, hoy que mi hijo está ahí, aun me resisto á creer en mi deshonra; y una voz superior á mí me grita interiormente: Maria, eres inocente, pero soy madre, y juro á Dios que soy inocente.

ELENA. Pobre Maria!

MARIA. Y lo que es mas aun, Elena; en vez de odiar á esa criatura, causa de mi deshonra, la amo con todo mi corazon... Aun antes de venir al mundo, rogaba á Dios me conservase la vida por salvarle... por vivir para él! No es verdad que tú me ayudarás á conseguirlo?

ELENA. Pues quién conspira contra tu hijo?

MARIA. Mi padre!

ELENA. Oh!

MARIA. No ha de tardar en llegar el dia en que mi padre intente separarme de él; querrá á todo trance hacer que desaparezca la prueba de nuestra deshonra, y no quiero separarme de él de ningun modo.

ELENA. Y qué resuelves hacer?

MARIA. Marcharme á todo trance con mi hijo.

ELENA. Tú?

MARIA. Mi padre no consiente que pases aqui la noche.

ELENA. No?

MARIA. El mismo querrá acompañarte á la posada donde has dejado el carruaje; así pues, espérame en el coche, y no partas hasta que yo vaya á buscarte.

ELENA. Pero... ¿cómo?

MARIA. ¡Dremos! ¡Lejos de aquí á ocultarme con mi hijo.

ELENA. ¿Lo has reflexionado?

MARIA. Si te opones á ello, huiré sola.

ELENA. Haré lo que me mandes; pero no dudo que tu padre se deje convencer, si encuentras un medio de salvar tu honor.

MARIA. Mi desgracia es irreparable! Y lo peor de todo es, que no encuentro explicacion! Por instantes

creo que todo es un sueño horrible, como el que tuve la noche que llegué á nuestro caserío.

ELENA. (alterada.) La noche de tu llegada?

MARIA. Si, cuando tuve miedo de quedarme sola en una habitacion tan grande, y que me era desconocida; quise ocupar una salita pequeña, y me obligaron á habitar la que tú tenias.

ELENA. Verdad es!

MARIA. No bien entré en ella, cuando un instantáneo vértigo me privó de conocimiento, y caí en tierra al pie de mi cama. Toda mi sangre se agolpó á la cabeza, y sentia un ruido como de campanas y coches. Despues, el sueño se apoderó de mí; pero fué un sueño horrible y espantoso; queria despertarme para gritar, y no podia.

ELENA. (aterrada.) Cielos!

MARIA. A la mañana siguiente, cuando desperté, apenas podia coordinar mis ideas, y no podia moverme! El saber que estabas enferma de peligro, fué lo que me hizo levantar y olvidarlo todo.

ELENA. Entonces...

MARIA. Por qué me miras así?

ELENA. (Oh! este es el crimen que el Conde trata de reparar!) (alto.) Maria, no desespéres de descubrir ese misterio; no te precipites; quizás tu desgracia no sea irreparable del todo. Dios querrá salvarte. (aparece Carlos.)

### ESCENA VII.

MARIA, ELENA y CARLOS.

CAR. Señorita Elena, don Juan espera á usted, para acompañarla hasta su carruaje.

MARIA. No te lo decia yo?

ELENA. Maria, no desespéres todavia.

MARIA. (bajo) No te marches sin que nos veamos.

ELENA. (bajo.) Te juro que así lo haré. (vase.)

### ESCENA VIII.

CARLOS, y MARIA.

CAR. Es Elena amiga de usted?

MARIA. Ambas nos hemos criado juntas.

CAR. Y es cierto que se casa con el Conde?

MARIA. Dios la conceda esa dicha. (Carlos trata de salir.) Qué es eso, huye usted de mí?

CAR. Me necesita usted para algo? Se siente peor?

MARIA. No; pero me alegro verle á usted á mi lado; ademas, que habiendo venido su hermano de usted, nos abandonará en breve, y debo aprovechar los instantes.

CAR. Verdad es!

MARIA. Sabe Dios cuándo nos volveremos á ver.

CAR. El deber de médico terminó ya. Verdad es que para usted no soy mas que un simple facultativo?

MARIA. No, usted es el amigo mas noble y leal!

CAR. Por esa razon aun no la abandonaré.

MARIA. Cómo!

CAR. Esperaré á que llegne el dia de la confesion.

MARIA. Espera usted que le confie?...

CAR. Así lo espero.

MARIA. No me atormente usted, amigo mio. Cree que puedo abrigar secreto alguno para usted? Lo mejor será que parta de mi lado, y que me olvide para siempre... Nada tengo que revelarle... se lo he jurado!

CAR. Quiere usted que la olvide, Maria!

MARIA. Preferible será eso, á que me maldiga ó desprecie. (sorpresa de Carlos.) Oh! no; perdone us-



ted Carlos; no sé lo que me digo!... Si... si, sepáramonos para siempre... Adios, Carlos, mi mejor amigo... mi hermano del corazon. (*vase.*)

CAR. (*cayendo en un sillón.*) Maria! Maria!

ESCENA IX.

CARLOS y JOSÉ LUIS, *entrando.*

JOSÉ. Don Juan acaba de decirme, que quiere salir de esta casa, toda vez que su retiro ha sido descubierto, y que la vida de su hija no peligrará.

CAR. Verdad es.

JOSÉ. Has terminado la misión que te impusiste?

CAR. Si...

JOSÉ. Nos podemos marchar?

CAR. Si... luego nos iremos.

JOSÉ. Lo tengo todo dispuesto... te espero.

CAR. Si... si... salgamos. (*deteniéndose.*) Pero no, yo no abandono á Maria.

JOSÉ. Ya no la haces falta...

CAR. No obstante...

JOSÉ. Tu presencia solo sirve para atormentarla.

CAR. Aunque así sea... no la dejaré.

JOSÉ. Carlos! Temo adivinar lo que por ti pasa.

CAR. A nadie tengo que dar cuenta de mis pensamientos.

JOSÉ. Carlos; tu razón no es la que habla, ni tu corazón.

CAR. (*bruscamente.*) Por qué lo dices?

JOSÉ. Porque eres incapaz de una acción vergonzosa.

CAR. Te explicarás?

JOSÉ. Porque lo mismo que mi honor peligraba con Maria, peligrará el tuyo.

CAR. Oh! Cállate, por piedad.

JOSÉ. Si peligros hubo cuando solo los indicios la acusaban, qué no habrá hoy, cuando somos testigos de su desgracia?

CAR. (*fuera de sí.*) Por piedad, sella tu boca.

JOSÉ. Pues abandona á esa desgraciada, cuya infamia llorará siempre.

CAR. (*arrojándose á él.*) Desdichado, qué estás diciendo! (*llorando.*) Luis, perdóname! Tú no sabes lo que sufro!

JOSÉ. Todo lo olvido.

CAR. Si, ya ves cuán desgraciado soy!

JOSÉ. Según eso, era cierto que la amabas?

CAR. Ambos la amábamos... pero me sacrificaba por ti, cuando la vi digna de tu cariño... Mas hoy que la fatalidad la abruma, en vez de aborrecerla, siento hacia ella una predisposición á perdonarla y á creerla inocente, superior á mis fuerzas.

JOSÉ. Qué aguardas ya?

CAR. Sorprenderla su secreto, y apoderarme de un nombre que algun día se ha de escapar de sus labios! Entonces iré á buscar al que villanamente la engañó y, ó repara su falta, ó le mato. Día llegará en que Maria alze su frente!

JOSÉ. Don Juan se acerca.

ESCENA X.

DICHOS y DON JUAN.

JUAN. (*para sí.*) Ya se lo he dicho á la hermana de la caridad, mientras yo hablo con Maria; ella se encargará de todo.

CAR. Se fué Elena?

JUAN. Se fué... Cuando intente volver, ya no estaremos aquí.

CAR. Cómo!

JUAN. He resuelto partir al momento. Ahora vendrá Maria para que hablemos un rato.

CAR. Decis que vendrá aquí?

JUAN. Vedla. (*á Luis*) Lévese usted á su hermano, pues deseo hablar á solas con mi hija... Hace tres meses que ansio este momento.

JOSÉ. Ven conmigo, Carlos!

CAR. (*No sé por qué temo dejarle solo con su hija*) (*vase con José Luis.*)

ESCENA XI.

MARIA y JUAN ANTONIO.

MARIA. (*aparte viéndole salir.*) Se va!... Ya no se cuida de mi defensa!

JUAN. Maria, te he llamado, porque deseo hablarte sin testigos.

MARIA. Qué quiere usted, padre mio?

JUAN. Nada temas; así se lo he ofrecido á don Carlos. Seré prudente, y me resignaré á todo, pues sabes que te quiero.

MARIA. Me permite usted que me arroje á sus plantas y que le bese la mano?

JUAN. Y te abrazaré como en otro tiempo.

MARIA. Gracias, padre mio!

JUAN. Si, cuando me hayas dicho lo que deseo saber.

MARIA. Qué es?

JUAN. Oyeme, Maria; durante tu mal, mi único anhelo era verte restablecida; no quise hablarte mientras sufrías... pero ya que estás mejor, deseo salvar tu honor, como procuré salvar tu existencia.

MARIA. Padre...

JUAN. Quieres que siempre dure ese misterio? No; ahora vas á decirme, quién ha sido el que robó mi honra... Si es noble, mis riquezas compensarán sus títulos... Le haré entrega de cuanto poseo, y yo me consagraré de nuevo al trabajo... solo ansio vivir tranquilo y honrado.

MARIA. Pero si nada os puedo decir...

JUAN. Quizás ignores su nombre, porque habrá tenido cuidado en ocultarlo; pero tú le conocerás, y me dirás dónde le viste... Vamos, dónde te conoció?

MARIA. (*con desesperacion.*) Pero si digo que nada sé... que á nadie he visto...

JUAN. Maria, cuidado con lo que dices; harto tiempo he callado y devorado la ira en silencio... La tormenta arrecia, y creo no será dueño de mí por mas tiempo... Habla pronto, Maria.

MARIA. Qué quiere usted que hable! Voy á volverme loca!... Acaso puedo decir nada?

JUAN. Y quién te lo impide?

MARIA. Padre mio, comprendo que usted no me crea inocente, que me acuse y me amenace. Mas condúzcame usted ante el sepulcro de mi madre, y le juraré por su memoria, que jamás conocí á ningun hombre de quien recibiese una caricia, ni cuyo acento de amor oyese.

JUAN. Tendras valor para hacer tal juramento?

MARIA. (*exaltada.*) Y sin vacilar ni palidecer; si, juraré que no conozco al padre de mi hijo, ni que jamás le hablé, y que ignoro su nombre.

JUAN. Dios mio! Sin duda ha perdido el juicio! Maria, hija mia, tu imaginacion se extravía.

MARIA. No tal!

JUAN. Oh! si... Tanto sufrir la ha destruido el juicio! (*estrechándola.*) Háblame sin exaltarte; mira que soy tu padre... No temas nada de mí.

MARIA. No estoy loca, padre mio! Conservo toda la fuerza de mi razón, para decir que á pesar de mí



desesperación y de su duda é insistencia, nada tengo ni puedo decirle.

JUAN. Pues entonces eres una miserable; si no hablas, es porque te avergüenzas al recordar tu vil seductor... Oh! sea quien sea, quiero conocerle, y pronto.

MARIA. Póngame usted en tortura, sacrifíqueme, y no logrará hacerme decir lo que yo misma ignoro. Arrojeme usted de su casa, para no avergonzarse de mí... Diga usted que he muerto... Iré lejos de aquí, á cualquier pais extranjero... Mi hijo será mi consuelo y salvación! Su inocencia me guiará.

JUAN. (*mirándola.*) Irte con tu hijo?

MARIA. Cielos! Me aterra usted.

JUAN. Te aterro? No tal, yo no te amenazo ni te echo de mi casa... Pero puesto que quieres á tu hijo, todo lo confesarás, no es cierto?

MARIA. Qué si amo á mi hijo? Usted cree que viviría si no fuese por él?

JUAN. (*tomándola las manos.*) En ese caso, todo lo confesarás.

MARIA. Dejadme... Vuestra mirada me aterra... yo quiero ver á mi hijo.

JUAN. (*deteniéndola.*) Tu hijo ya no está en casa!

MARIA. Qué no está? Imposible! Eso no es cierto!

JUAN. (*dejándola.*) Vé á ver si es cierto ó no!

MARIA. (*aterrada.*) Oh! (*se lanza al interior y al grito sale Carlos.*)

### ESCENA XII.

Dichos y CARLOS.

CAR. Ha sido María quién ha gritado?

JUAN. María es una miserable! Una hija desleal!

CAR. Qué ha pasado? (*gritos de María dentro y sale desordenada y fuera de sí.*)

MARIA. Mi hijo! Mi hijo! Dónde está mi hijo?

CAR. (*acercándose.*) María.

MARIA. (*gritando.*) Carlos, me han robado mi hijo.

Verdad que nadie tiene derecho á arrebatármelo?—

Verdad que soy su madre? A una madre, quién le

roba su hijo? No he sufrido bastante aun? (*á su padre.*) Padre mio; aquí me tiene usted á sus pies...

maldígame... máteme si quiere, pero devuélvame

mi hijo...

JUAN. Imposible! Ya no tienes hijo!

CAR. María, desgraciada criatura, yo se le devolveré.

JUAN. (*colérico.*) Usted... Primero me matará!

MARIA. (*de rodillas y andando.*) Padre mio! Carlos

de mi corazón! Sávele usted.—Sálveme á mi...

Perdon! Perdon!

JUAN. María, tu hijo no volverá á tus brazos, hasta

que no me hayas confesado quién es el autor de sus

días! Está dicho! (*la rechaza, y ella cae desmayada en brazos de Carlos.*)

### FIN DEL ACTO CUARTO.

## ACTO QUINTO.

Sala en el caserío que fué del Conde.

### ESCENA PRIMERA.

DIEGO y VICTORINA por la izquierda.

DIEGO. (*por el fondo.*) Calla, viene usted con el plato intacto? Tampoco ha querido tomar alimento?

VIC. Absolutamente.

DIEGO. Dos días lleva en esta casa, y no hace mas que

llorar... Oh! Si sigue de ese modo se morirá.

VIC. Ni siquiera ha abierto la puerta de su habitación!

DIEGO. (*mirando al plato.*) No abrir la puerta, á una perdiz que tan bien huele! Está visto, tendré que comérmela, como lo hice ayer con los pichones.

VIC. Sabe usted lo que pasa en esta casa?

DIEGO. Si no me engaño, han de estar arruinados.

VIC. De veras?

DIEGO. Quisieron elevarse, y la caída ha sido atroz.

Quizás el padre no aprontó la dote ofrecida á su hija, y la boda se habrá convertido en agua de cerajas.

VIC. Por eso será el abatimiento y aflicción de la señorita.

DIEGO. Nada mas natural! Todas las mujeres harían lo mismo!

VIC. Por eso me habia yo de afligir? Pobre señorita, cuán buena era para mí y para todos!

DIEGO. No es mala casa esta para los criados.

VIC. Sentiré buscar otros amos.

DIEGO. También yo.

VIC. Muchas lágrimas me habia de costar!

DIEGO. Yo vertería seis mil lo menos.

VIC. La señorita Elena viene.

DIEGO. Afortunadamente estoy aquí para recibirla.

(*vanse Victorina por la derecha y Elena entra por el fondo.*)

### ESCENA II.

ELENA y DIEGO.

ELENA. (*vivamente.*) No ha venido el Conde?

DIEGO. Pues qué, le aguardais?

ELENA. Le he escrito que venga sin falta.

DIEGO. No sabe usted que don Juan y su hija están aquí?

ELENA. Por eso he venido. Tengo que hablar con María.

DIEGO. Dificulto que se deje ver. Hace días que no come, y se los pasa llorando sin cesar.

ELENA. Pobre criatura!

DIEGO. No se deja ver de nadie, ni aun de su padre.

Oigo llamar; tal vez sea el señor Conde; voy á decirle que estais aquí. (*vase por el fondo.*)

### ESCENA III.

ELENA, luego el CONDE.

ELENA. Tengamos valor! Si por mi causa María ha sido seducida, no debo ser la esposa del Conde, ni aun pensar él.

DIEGO. (*anunciando.*) El señor Conde.

CON. Ya ve usted si soy puntual.

ELENA. Gracias por su bondad, señor Conde.

CON. (*asombrado.*) Me llama usted señor Conde?

ELENA. Diego, avise usted á María que estoy aquí, y que necesito verla sin falta.

DIEGO. Creo que no me hará caso. En fin, veremos. (*vase por la izquierda.*)

CON. Elena, al fin triunfé de todos los obstáculos que se oponían á nuestro enlace.

ELENA. Nuestro enlace!

CON. Ya podemos fijar el día que nos convenga.

ELENA. Señor Conde, cuando usted vino á ofrecerme su mano, fué porque escuchó la voz de su conciencia antes que la de su corazón... no es así?

CON. Cómo! Duda usted que la amo de veras?

ELENA. Usted mismo me dijo que queria enmendar una falta; así pues, este enlace es una reparación.



CON. Verdad es... Mas yo la juro...

ELENA. Usted no sabe qué importancia tiene para mí cada una de sus palabras. Recordemos ese pasado que usted quiere olvidar... No fué una apuesta la que puso en juego mi honra?

CON. Elena!...

ELENA. (se arrodilla.) Conde, de rodillas le suplico me conteste.

CON. Pues bien, Elena; mas que falta, era un crimen lo que tenía yo que reparar.

ELENA. (Oh! ya no me cabe duda!) (alto.) Y está usted dispuesto á reparar ese crimen?

CON. Olvida usted que la amo, y que al reparar una falta que no olvido, aseguro mi dicha para siempre?

ELENA. Señor Conde, la felicidad consiste en cumplir con sus deberes, por penosos que nos sean.

CON. Qué quiere usted decirme?

ELENA. Ya lo sabrá usted.

DIEGO. (entrando.) La señorita se dispone á recibirla.

ELENA. Voy á su encuentro.

CON. Me deja usted?

ELENA. En seguida vengo. Espere usted, si gusta, en la biblioteca.

CON. Elena, sus palabras de usted y su emocion me son incomprensibles.

ELENA. Bástale á usted saber, que por su conciencia y por su bienestar, sacrificaré hasta mi vida. Oh! no se vaya usted sin que le vea antes.

CON. Será usted complacida en todo.

ELENA. Gracias, Conde! (vase el Conde por el fondo.) Oh! De otro modo no seria yo feliz.

DIEGO. Si quiere usted hablar al amo, aqui viene.

ELENA. Luego. Antes tengo que ver á María Ah! No diga usted á nadie que ha venido el Conde.

DIEGO. Está bien, señorita. (vase Elena.) Tampoco está esta niña muy satisfecha, á pesar de que está en vísperas de ser Condesa! Si esto sigue así, en cuanto cumplan los diez años, me pongo á buscar otros amos mas joviales y bullangueros.

ESCENA IV.

DIEGO y DON JUAN.

JUAN. (por la derecha.) Diego.

DIEGO. Señor!

JUAN. Sigue mi hija en su habitacion?

DIEGO. Si, señor.

JUAN. No ha preguntado por mi?

DIEGO. No señor.

JUAN. Está bien.

DIEGO. Me necesita usted para algo?

JUAN. Yo.

DIEGO. Aun no se ha desayunado usted. Quiere que le traiga alguna cosa?

JUAN. No.

DIEGO. (Daria un año de pension, por saber que es lo aqui pasa.)

JUAN. (volviéndose.) Qué haces ahí?

DIEGO. Nada.

JUAN. Siempre es lo mismo.

VIC. (por la izquierda vivamente.) Señor! Señor!

JUAN. Qué hay?

VIC. La señorita quiere abandonar esta casa.

JUAN. Mi hija!

VIC. Está tan pálida, que he preferido prevenir á usted.

JUAN. Tiene que pasar por aqui, y yo se lo impediré... idos los dos.

DIEGO. Está bien.

ESCENA V.

JUAN y MARIA.

JUAN. (cierra las puertas que dan al exterior, se guarda las llaves, entra María cubierta con un manto; no bien llega á la puerta, la llama su padre.) Dónde vas, María.

MARIA. (bruscamente) A salir.

JUAN. Para eso necesitas mi permiso.

MARIA. (con energia.) Quiero salir.

JUAN. (friamente.) Vé á ver si puedes.

MARIA. (acercándose á las puertas.) Por qué ha cerrado usted?

JUAN. Porque te pondrias peor, si salieses en ese estado.

MARIA. Qué le importa á usted que yo viva ó que muera?

JUAN. Eres tú quién me lo pregunta?

MARIA. Qué quiere usted que le diga? Qué puedo esperar de usted? Me he arrojado moribunda á sus piés y me ha rechazado; he llorado hasta desfallecer, y se ha mostrado indiferente... Ya no creo en su cariño.

JUAN. María, tu honra es lo que yo defiendo.

MARIA. Tambien Elena acaba de decirme lo mismo, y no la he hecho caso.

JUAN. Has hablado con Elena?

MARIA. Si señor, de mi hijo... De qué la habia de hablar? Acaso pienso en otra cosa? Deme usted á mi hijo, ó déjeme salir.

JUAN. Cállate, por Dios; que aquí hay quien nos escuche.

MARIA. No me importa! Lo que quiero es mi hijo, y si no me lo dais, gritaré, lloraré! No quiero que mi hijo lo lleven á la misericordia; no quiero que muera sin que yo le vea... Dígame usted dónde está.

JUAN. Dime tú quién es su padre. Has dicho que para tí no existe... Pues bien, donde no hay padre, no hay hijo.

MARIA. Siempre el mismo! Oh! Yo haré que usted descubra la morada de mi hijo.

JUAN. Jamás!

MARIA. Es que le obligarán á ello.

JUAN. Quién?

MARIA. Es que acudiré á los tribunales, pidiendo amparo para una madre.

JUAN. Tendrás valor para tal cosa?

MARIA. Que si lo tendré! Por abrazar á mi hijo, no digo la honra, hasta la vida perderia! Todo lo preferiero á abandonar la criatura que vivió en mis entrañas.

JUAN. Qué importa que el mundo nos escupa?—María, hija mia! Yo no puedo permitir tal cosa.

MARIA. Yo no soy su hija de usted; soy una madre que reclama su hijo.

JUAN. Está bien! Te le devolveré.

MARIA. (gozosa.) Cielos! Bendito seas!

JUAN. Nunca pude pensar que serias capaz de publicar tu deshonra; pero ahora que te veo resuelta á ello, has vencido. (vá á abrir la puerta.) Sal cuando quieras.

MARIA. Padre mio!

JUAN. (calma.) Te daré una carta con la cual irás donde está tu hijo. Tú misma verás que está bien cuidado, y que no soy tan tirano como me supones.

MARIA. Perdon, padre mio! Deme usted esa carta, quiero verle... él es mi vida... he sufrido tanto!

JUAN. (con bondad.) Voy á buscarla, María; mas como despues no nos hemos de volver á ver, qui-



siera que antes hiciésemos las paces, si quieres.

MARIA. Si quiero!

JUAN. Dime que no me odias... y me basta.

MARIA. Todo lo olvido.

JUAN. Pues abrázame.

MARIA. Padre mio! Padre mio! (*abrazándole.*)

JUAN. Abrázame bien; mira, cuando uno se despide, cree que es por poco tiempo, y luego suele suceder que no se vuelven á ver.

MARIA. (*aterrada.*) Qué quiere usted decir?

JUAN. (*sonriendo.*) Nada, extravagancias... Dame otro abrazo. (*se abrazan.*)

MARIA. (*aterrada.*) Cielos!

JUAN. Cuando salgas, vete por el sendero ancho, para verte mas tiempo.

MARIA. Padre mio, usted quiere morir.

JUAN. Morir? Psh!

MARIA. Usted quiere suicidarse; no, no, yo no le abandonaré...

JUAN. Y tu hijo?

MARIA. Oh! esto es horrible!

JUAN. No te aflijas tanto, hija mia; ya veo que sin él no puedes vivir. Seria yo un padre desnaturalizado si consintiera que estuvieses mas tiempo separada de él.

MARIA. Pero, y usted, padre mio!

JUAN. Espérame... voy á traerte la carta. (*vase.*)

#### ESCENA VI.

MARIA, luego CARLOS.

MARIA. Oh! no es su cólera la que habla en este instante... es una resolucion fria y meditada... Dios mio, cuanto me haceis sufrir por una culpa que no he cometido! (*se oculta el rostro y llora.*)

CAR. (*acercándose.*) María.

MARIA. Carlos! Creia haber apurado todos los sufrimientos y angustias... pero me he engañado; otro nuevo tormento ha venido á herirme con mas crueldad todavía.

CAR. Ha muerto su hijo de usted?

MARIA. Oh! No!... Digo que no, sin saberlo... este seria otro golpe, que la Providencia me reservaba.

CAR. Pues qué ha pasado? Hable usted, María.

MARIA. Que mi padre me devuelve á mi hijo.

CAR. Y es por eso por lo que usted se aflige?

MARIA. Sí... Me permite que vaya á buscarle, para que cuando le estreche contra mi seno... mi padre ponga fin á sus dias.

CAR. Cómo! Suicidarse él? Oh! No... eso no puede ser!

MARIA. Le digo á usted que se matará!... Ahora no me queda otro recurso que sacrificar al padre ó al hijo: he de ser, ó madre desnaturalizada, ó hija paricida! No debo preguntar al cielo, por qué me castiga de este modo? Y á todo esto, sin una amiga que me ampare... sin un corazon que me justifique y me ayude á sufrir.

CAR. Se olvida usted de mí, María?

MARIA. Mis penas le compadecen, sí, mas yo no pido piedad, pido justicia; no quiero que me perdonen, quiero que no me crean culpable, que me defiendan como inocente que soy.

CAR. Oh! Sí, usted es inocente! Lo creo.

MARIA. Usted lo cree?

CAR. Si, María; lo que experimento en este instante al oirla, y la conviccion que sus palabras han llevado á mi espíritu, es tan estraña é inesplicable, que dudo si sueño ó estoy despierto.

MARIA. Carlos! Mi buen amigo!

CAR. Hasta hace poco he sido el primero en creerla culpable; pero al oirla, al verla y al contemplarla, hay una lucha horrible en mi corazon; se me figura oír una voz que se subleva contra mis creencias. Me hace volver la vista á su pasado, espiar su sueño, analizar sus lágrimas... Y por do quier la examino, no veo en usted ningun indicio de remordimiento... Esto me dice, que usted deba ser victima de algun horrible misterio.

MARIA. El cielo me ha oído! Usted me cree inocente?

CARLOS. Si creo, Maria.

MARIA. Bendita sea mil veces su lengua. Ahora aunque el dolor me mate, queda un ser en el mundo que me justificará y que dira á mi hijo: tu madre fué desgraciada pero no criminal.

CARLOS. Es preciso que usted viva, Maria! Usted pedia al cielo una mano que la guiase, y un corazon que palpitase por usted; aquí tiene mi corazon y mi mano para enjugar sus lágrimas é infundirla valor.

MARIA. Dispuesta estoy á obedecerle; hable usted.

CARLOS. Quiere usted ofrecermé que cualquiera que sea el porvenir que la suerte la reserve, y que tan pronto como descubra al culpable, acudirá á mí para decirme, ese es!

MARIA. Juro hacerlo así.

CARLOS. Está bien!

MARIA. Mi padre se acerca!

CARLOS. Déjenos usted solos.

#### ESCENA VII.

Dichos y DON JUAN.

MARIA. (*parándose ante su padre.*) Padre mio! No me dice usted una palabra de consuelo?

JUAN. En tu lugar no habria yo vacilado; si mi padre viviese aun y tuviese que escoger entre ti y él, á ti te habria salvado, mi Maria; obra tú como yo hubiese obrado. (*la da la carta.*)

MARIA. No, yo no puedo elegir! Amo tanto al uno como al otro.

CARLOS. Maria, no se verá usted condenada á una resolucion tan despiadada.

MARIA. Carlos!

CARLOS. Ayer prometí devolverla su hijo y en breve le estrechará. Ahora la prometo tambien que su padre no atentará contra su vida, y su padre de usted vivirá.

MARIA. Cómo! Viviré y estaré junto á ambos! Ahora si que lo olvido todo.

CARLOS. Déjenos usted solos, y confie en mí.

MARIA. Usted será mi salvador... El cielo obre un milagro y me salve de tanto infortunio. (*besando la mano á su padre.*) Padre mio! Carlos nos salvará á ambos. (*vase.*)

#### ESCENA VIII.

CARLOS y JUAN.

JUAN. Por qué promete usted lo que no está en su mano cumplir?

CARLOS. Cómo!

JUAN. Si acepta su hijo, la deshonra de Maria se hará pública, y yo no he de ser testigo de esta afrenta.

CARLOS. Quiere usted suicidarse? Sea en buen hora; si no tiene religion ni fé, si se ha convencido de que su alma debe morir con su cuerpo, y que no verá desde allá arriba, lo que huye aquí en la tierra, hace bien en matarse; cumpla usted con su deber.



JUAN. Carlos, yo tambien creo en Dios y en su justicia... pero es tanta mi desgracia...

CÁR. Que quiere sustituirla con un crimen?

JUAN. Por un crimen!

CÁR. Dios ha impuesto á los padres de familia un deber muy sagrado; pone bajo su custodia los hijos que se sirve concederles; es un puesto de honor el que les asigna, y él solo tiene derecho para marcar su duracion; sustraerse á tan sagrado deber, es un crimen... abandonar el puesto antes de la hora fijada, es una horrible desercion, es la mas grande de las cobardías.

JUAN. Carlos, qué quiere usted que yo haga?

CÁR. No hay medio alguno de devolver el hijo á su madre, sin que la deshonra venga con el inocente?

JUAN. Hable usted; ya le escucho.

CÁR. Para usted y todos los demás, María ha cometido una falta; para mí, es víctima de una impenetrable fatalidad, y de un misterio que no alcanzo á comprender. A no dudarlo, durante su vida se ha visto acometida alguna vez por la fiebre, delirio ó la locura...

JUAN. En cuanto á lo último, ya me lo he creído mas de una vez.

CÁR. Cuando el culpable no se presenta á ofrecer una reparacion, sabiendo que puede ser en extremo rico, sin duda debe haber muerto.

JUAN. Tal puede ser!

CÁR. Si así fuese, nada se opondria al casamiento de María.

JUAN. Cómo! Casarse María!

CÁR. Si el culpable existiese y no se presentase hasta despues de verificado el enlace de María, su marido le mataria, á no dudarlo.

JUAN. Su marido! Y quién habia de tomarla por esposa? Algun miserable, que quisiera especular con su fortuna.

CÁR. Y si nada admitiese?

JUAN. Eso diria, porque sabe que en muriéndome yo, nadie sino él habia de disponer de nuestra fortuna.

CÁR. Y si ese hombre fuese rico?

JUAN. Querrá serlo mas todavía.

CÁR. (*enérgicamente.*) Y si es un hombre honrado?

JUAN. Aparecerá serlo y no lo será.

CÁR. (*con dignidad.*) Y si ese hombre fuese yo?

JUAN. Carlos, usted!... Oh! He oido mal? Repítalo usted.

CÁR. Yo mismo, Carlos Samper.

JUAN. Dios mio! Qué hemos hecho María y yo para merecer de usted tanto cariño... tanto sacrificio?

CÁR. Sus sufrimientos de usted y de la infeliz María.

JUAN. El cielo le bendiga! Usted es nuestro salvador... Voy corriendo á decírselo! (*va á salir y entra Elena.*)

ESCENA IX.

Dichos y ELENA.

ELENA. (*deteniéndole.*) No se vaya usted, don Juan; necesito hablarle.

JUAN. Luego... mañana... voy á ver á mi hija.

ELENA. De ella y de su desgracia, vengo á hablarle.

CÁR. De su desgracia? Conoce usted al culpable?

ELENA. Le conozco.

JUAN. Cuál es su nombre? Pronto!

ELENA. Ahora mismo vendrá aquí

CÁR. Aquí?

JUAN. Oh! En mi casa morirá.

ELENA. (*interponiéndose.*) Cómo! Matarle, cuando...

CÁR. No le tocará usted.

JUAN. Cómo! No es él quien me ha robado mi dicha, la honra de mi hija y la mia?

CÁR. No tal; le oirá usted con sangre fria y con calma.

JUAN. Con calma! Cómo se conoce que no es usted padre!

CÁR. Sufro tanto como usted, y me contengo, sin embargo.

JUAN. Usted?

CÁR. (*bajo.*) Ese hombre es su enemigo de usted, y mi rival.

JUAN. Su rival!

CÁR. (*sereno.*) Elena, quiere usted decirle, que le esperamos?

ELENA. (*abriendo la puerta.*) Señor Conde...

CÁR. El Conde!

JUAN. Era él?

ESCENA X.

Dichos y el CONDE.

(*Al verle don Juan, quiere lanzarse y Carlos le contiene.*)

CON. Elena, usted me ha exigido una entrevista ante estos dos señores, y la complazco; de qué vamos á tratar?

ELENA. Señor Conde, usted se ha ofrecido á reparar en mí una falta, y yo me veo obligada á no aceptar.

CON. Rehusa usted mis ofrecimientos?

CÁR. Por qué es esa reparacion?

JUAN. (*colérico.*) Por qué culpa? Cuál ha sido la falta? Hable usted.

CON. Con qué derecho me interroga usted?

JUAN. Con el de la razon.

CÁR. (*deteniéndole.*) Silencio!... Sírvase usted continuar, señor Conde.

ELENA. Hable usted; así me lo ha jurado.

CON. Sea; al morir la marquesa, mi tia me dejó una carta, la cual usted me entregó, Elena. Esa me decía, que la fortuna que yo heredaba, no debia pertenecerme á mi solo, y me ordenaba la compartiese con usted... (*bajo.*) con su hija!

ELENA. (*bajo*) Yo, su hija!

CON. Mas por efecto de mis locuras y grandes pérdidas, me ví precisado á guardar silencio sobre la carta, y á callar vergonzosamente hasta que recuperase de nuevo mis bienes. Esto se ha verificado, y como debia á usted una reparacion, por eso he venido á ofrecerla mi mano.

CÁR. y JUAN. Su mano!

ELENA. No era por restituirme una fortuna por lo que usted se casaba conmigo. Hable usted sin reparo, yo le autorizo, aunque el rubor cubra mi rostro... Pero no, yo misma lo diré todo... Un dia, le dí á usted una cita y otra á Carlos... A usted, Conde, para que me encontrase muerta, y á Carlos, para que hiciese constar la causa de mi muerte.

TODOS. Su muerte!

ELENA. (*á Carlos.*) Pronto habria usted adivinado la causa, puesto que era el autor.

CÁR. Yo! Oh! Hable usted pronto.

ELENA. No queria sobrevivir al desprecio del Conde; cuando usted vino, en vez de hallar á Elena cadáver, solo halló una jóven indefensa, por efecto de un narcótico...



CAR. (*fuera de si.*) La jóven inerte, quién era? Hable usted.  
 ELENA. Era María, á quien dieron mi habitacion.  
 JUAN. Mi hija!  
 CAR. María! María! Llámenla ustedes! Dios mio! Con que era María!  
 JUAN. Cárlos, espíquese usted pronto! La impaciencia me mata!  
 CAR. Sepa usted, padre desdichado, que aquella noche me bati con el Conde, el cual no acudió á la cita por haber recibido una herida... y en su lugar fué otra persona... y esa persona era... (*entra María.*) Oh! María, perdóneme usted, fui un insensato. (*se arrodilla*)  
 JUAN. Conque fué usted?..  
 CAR. Yo mismo!

ESCENA ULTIMA.

Dichos y MARIA.

MARIA. Cárlos, por qué se arrodilla usted?  
 JUAN. Y es cierto que aun la ama usted?  
 CAR. Mas que nunca... María, perdone usted á su marido.  
 MARIA. A mi marido! Es cierto lo que oigo, padre mio? No es esto un sueño?  
 JUAN. (*fuera de si.*) Oh! Tú no puedes comprenderlo todo, María de mi vida... Yo te lo diré... Mira, hija mia, ya se acabaron nuestras penas... Ya vamos á ser felices... Tú, siempre fuiste buena... honrada... Y yo te proclamo inocente y virtuosa.

MARIA. Qué oigo! Al fin conocen todos mi inocencia! Green que no fui culpable?  
 CAR. Las desdichas de usted quedarán reparadas hoy mismo; y ojalá el cariño de toda mi vida, logre borrar las penas que la hice pasar.  
 JUAN. Si, es preciso casarse al instante... (*Deseo tanto ver á mi nieto!*)  
 MARIA. Cómo?  
 CAR. Elena, su buena amiga, ha sido el angel de salvacion.  
 MARIA. (*abrazándola.*) Elena mia, cuánto te debo!  
 CON. (*estrechando á Elena.*) Su ventura será mi dicha!  
 MARIA. Y mi hijo?  
 CAR. Ahora vamos á verle, y junto á su lecho, obtendré mi perdon.  
 JUAN. Si, que bien le merece, despues de obtener el que recibais de Dios. (*los abraza; cuadro final.*)

FIN DEL DRAMA.

MADRID.—1862.

IMPRENTA DE PASCUAL CONESA.

Toledo, núm. 69. (*Plazuela de San Millan.*)

ESCENA IX.

Dichos y Elena.

Elena. (*deteniéndose.*) No se vaya usted, don Juan; necesito hablarle.  
 Juan. Luego... mañana... voy á ver á mi hija.  
 Elena. No es de su dignidad, venga á hablarle.  
 Juan. No se dignará. Conoce usted al culpable?  
 Elena. No conozco.  
 Juan. Cui es su nombre? Pronto!  
 Elena. Ahora mismo vendrá aqui.  
 Juan. Ah! En mi casa moriré.



Los cabezudos ó dos siglos des-... Los misterios de Paris, primera parte... No hay miel sin miel... Un padre para mi amigo... Una bromu pesada... Un mosquetero de Luis XIII... Una dia de libertad... Uno de tantos bruhms... Una cura por homeopatia... Un casamiento á son de rija... Un error de ortografia... Una conspiracion... Un casamiento por poder... Una actriz improvisada... Un tio como otro cualquiera... Un molin contra Esquilache... Un curazon maternal... Una noche en Venecia... Un viaje á America... Un hijo en busca de padre... Una estocada... Un matrimonio al vapor... Un soldado de Napoleon... Un casamiento provisional... Una audiencia secreta... Un quinto y un párbulo... Un mal padre... Un rival... Un marido por el amor de Dios... Un amante aborrecido... Una intriga de modistas... Una mala noche pronto se pasa... Un imposible de amor... Una noche de enredos... Un marido duplicado... Una causa criminal... Una reina y su favorito... Un reptil... Una encomienda... Una romántica... Un Angel en las boar ditas... Un enlace desigual... Una dicha merecida... Una crisis ministerial... Una Noche de Máscaras... Un insulto personal á los dos co-... Un desengño á mi edad... Un Poeta... Un hombre de bien... Una deuda sagrada... Una preocupacion... Un embuste y una boda... Un tio en las Californias... Una tarde en Ocean á el reser-... Un cambio de parentesco... Una sospecha... Un abuelo de cien años y otro de diez y seis... Un héroe del Arapiés (parodia de un hombre de Estado... Un Caballero y una señora... Una cadena... Una Noche deliciosa... No par vos y vos por otro... Ya no me caso...

ADVERTENCIAS.

La primera casilla manifiesta las mujeres que cada comedia tiene, y la segunda los hombres. Las letras O y T que acompañan á cada título, significan si es original ó traducida. En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron á don Ignacio Boix y don Joaquín Merás, que en los repertorios Nueva Galería y Museo Dramático se publicaron, cuya propiedad adquirió el señor Lalama. Se venden en Madrid, en las librerías de PEREZ, calle de las Carretas, CURSTA calle Mayor. En Provincias, en casa de sus Corresponsales.

MADRID: 1855

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA, Calle del Duque de Alba, n. 12.



El depósito de estas Comedias, que estaba en la librería de Cresta, calle Mayor, se ha trasladado á la de las

Carretas, n. 8, librería de D. Vicente Maluete.

Continúa la lista de la Biblioteca, el Museo y Nueva Galería dramática, inserta en las páginas anteriores.

Table with multiple columns listing titles of plays (e.g., 'Andese usted con bromas', 'El Alba y el Sol'), authors, and numbers. Includes a section 'Zarzuelas con música' and 'Las partituras'.